

C A P I T U L O

XVII



**LA GUERRA
DE LOS
MIL DIAS**



La agitadísima vida en Panamá de Belisario Porras

La lucha contra la Regeneración, o gobierno de Rafael Núñez, estaba declarada abiertamente en Panamá desde 1885. Como quiera que las libertades públicas sufrían una represión continua, hombres como Carlos A. Mendoza y Belisario Porras se pronunciaban de manera insistente contra el régimen, aunque al último le reprochaban Salomón Ponce Aguilera y otros, que en años anteriores había colaborado con el nuñismo, cuando Ricardo Arango estaba al frente del Istmo como gobernador, puesto para el cual fue nombrado en 1893. ¹ Ejercía el poder legislativo la última Asamblea Departamental.

"Y Porras, liberal radical, por su amistad con Pablo Arosemena, ayudó al gobierno en su lucha contra sus mismos copartidarios y así encontramos que el gobierno regenerador le distingue nombrándolo primero magistrado suplente en 1885, y magistrado principal después, y en 1889 adjunto a la Legación de Colombia en Italia. El 10 de agosto de 1890 regresó de Europa." ²

A su profesión de abogado en ejercicio unía Porras su beligerancia política y su condición de periodista que sostuvo polémicas y fue objeto de acusaciones, alguna por calumnia. Vivía, pues, en trance frecuente de ataque y defensa, que no le daban sosiego. En busca de tranquilidad solía trasladarse en ocasiones a su finca del Pauslipo, en Las Tablas. El contacto con la naturaleza le favorecía mucho y restauraba así las fuerzas que necesitaba para sus frecuentes querellas, en las que propinaba golpes y era, a su vez, fuertemente vilipendiado.

Sufrió prisión en 1895, decretada por el gobernador Arango en virtud de instrucciones recibidas desde Bogotá, en donde causaban indignación los ataques virulentos de los liberales panameños. Pero aun desde la cárcel combatía al gobernador en cartas enconadas que casi provocaron un duelo con su hijo, al salir de la prisión.

En la polémica con Ponce Aguilera, ocurrida en julio y agosto de 1896, en la que cada cual hacía ostentación de sus méritos, Aguilera llegó a decir que "el doctor Porras era más ilustrado que inteligente." ³

Los continuos quebrantos morales que le proporcionaba su agitada vida en la capital, llegaron a comprometer su salud seriamente, a tal punto que hubo de retirarse a su finca en busca de reposo. No pudo dormir durante seis días ni de día ni de noche, y se temió que pudiese caer en la locura. La atención médica de su buen amigo de juventud, Rafael Neira, le restableció de aquella grave crisis.

Veinte días después, acompañado de sus hijos Belisario y Demetrio, se embarcaba con rumbo al Salvador, en exilio voluntario. ⁴ Esto ocurría en 1896.

En el exilio

En discurso pronunciado en el municipio capitalino años después, dirá el doctor Porras: "el suicidio es un crimen horrendo y el ostracismo aunque voluntario, el peor de los castigos." Esto suele ocurrir, sin embargo, si el exiliado encuentra toda clase de tropiezos en el empeño de ganarse la vida; no si obtiene facilidades para subsistir. Pero nuestro compatriota logró abrirse paso, aunque iba acompañado de dos hijos; y él mismo reconoce que los años vividos en tierras extrañas fueron llevaderos porque se le trató en forma generosa, y pudo desenvolverse sin graves sinsabores.

Vivió al principio un año en San Salvador; luego otros dos en el desempeño de un cargo honorífico, mas con sueldo de la Junta de Unificación de la Legislación entre ese país y Honduras. Trabajó como profesor de Derecho Internacional y de Filosofía en la Universidad Nacional. En mayo de 1898 se trasladó a Guatemala para ejercer una cátedra de psicología en el Colegio de Sión, y en ese mismo año se le nombró en Nicaragua como director del Colegio de Varones.

Todo esto significa un explícito reconocimiento de sus capacidades profesionales, que mucho le sirvieron, junto con su manera de conducirse en el trato con las gentes, pues sabía granjearse simpatías y buena voluntad hacia su persona.

Eusebio A. Morales experimentó una gran sorpresa cuando fue en su busca, en el desempeño de una comisión que consistía en ganarle para que se pusiera al frente de los planes revolucionarios que se fraguaban en Panamá. Pensó hallarle en condiciones de suma penuria, mas no en posición holgada y con sus hijos Demetrio y Belisario internados en un buen colegio, mientras ejercía el cargo de abogado consultor del gobierno. Era además abogado de una compañía de navegación, al paso que tenía franquicia para ejercer su profesión. ⁵

"Y era a un hombre en aquella situación a quien yo iba a pedirle que abandonara a sus hijos, que despreciara una fortuna segura, que perdiera una posición social y política privilegiada, para correr los azares de una invasión armada, los peligros más grandes y hasta la muerte ! Debo confesar que aquello

me pareció, como le parecería a cualquiera persona juiciosa, una enormidad que llegaba a los linderos de lo absurdo." ⁶

Conviene recordar que la envidiable situación que había conseguido el doctor Porras en Nicaragua se debía a la excelente amistad y admiración que le tenía el entonces presidente de Nicaragua, el general José Santos Zelaya, a cuya protección y ayuda se debió la expedición que encabezada por Porras, se dirigió al Istmo para iniciar la revolución liberal contra el gobierno conservador establecido en Panamá. ⁷

El pasaje en que Morales relata los términos de la conversación que mantuvo con Porras en Managua, en cumplimiento de la misión que se le había encomendado, es de la mayor importancia, porque demuestra el temple de alma del político nacido en Las Tablas, la hondura de sus convicciones, la presteza con que se decidió a cambiar las comodidades en que vivía por una aventura incierta y llena de peligros:

"Generalmente el revolucionario tiene algo de aventurero y de desesperado y yo iba a convidar a un amigo querido a tomar parte en una aventura extraordinaria y peligrosa precisamente en la hora en que este amigo recuperaba su tranquilidad de espíritu después de torturas íntimas inmensas, cuando se hallaba en plena prosperidad, gozando de distinguidísima posición social, querido de todas las capas del pueblo nicaragüense, estimado, agasajado, sin enemigos y sin penas.

Narro estas circunstancias porque ellas forman una base cierta para conocer el temple de un carácter y son datos positivos para estimar la calidad de su patriotismo.

El doctor Porras no vaciló un solo instante. El deber nos llama, me dijo; cumplámoslo sacrificándolo todo, hasta nuestras vidas. Sé que vamos a lanzarnos a una aventura sin precedentes, llena de azares, de sufrimientos y peligros; pero no podemos evadir el cumplimiento de ese deber, y lo cumpliremos con fe, con valor y con entusiasmo. Estas fueron más o menos sus palabras, dichas con la vehemencia del convencido y repetidas después siempre que hablábamos sobre nuestros planes.

No es preciso que yo haga comentarios sobre esa actitud del doctor Porras, pues ella se comenta por sí misma; pero la historia de los sucesos que él narra en su libro demuestra que en aquella empresa no le tocó como cosecha final sino el sacrificio de todo, fortuna, posición política, amistades, influencias; no

salvó sino la vida y el prestigio que siempre adquiere y conserva quien se arriesga por servirle a una doctrina o por realizar una aspiración nacional." ⁸

Se le podían reprochar a Porras defectos nacidos de su culto excesivo a la egolatría, de su afán de predominio y ambición de mando, que le inclinaban a figurar siempre en primer plano. Sin embargo, no será posible desconocer que también le animaban un sano y constructivo idealismo, un hondo respeto a sus convicciones y sentimientos patrióticos; que a diferencia de otros hombres que sólo piensan en las conveniencias personales, desoyendo cualesquiera otros móviles de la conducta, era capaz del sacrificio y del mayor desinterés, tocante casi con el heroísmo, en determinados momentos de la vida, como lo demuestra ese magnífico gesto de arrojarse a un futuro incierto y lleno de peligros, obedeciendo a los mandatos de su credo liberal y de su patriotismo.

Preparativos frustrados de la expedición. El engaño de Estrada Cabrera

Ya decidido a lanzarse a la temeraria empresa, el doctor Porras hubo de tropezar con el obstáculo formidable de no contar con los recursos indispensables para emprenderla. Una cosa era la decisión adoptada de acometerla, y otra, muy distinta, la de ponerla en marcha. Sus actividades profesionales, aquellas en que había logrado tan señalados éxitos en países extraños, quedaban atrás. ¿Cómo enfrentarse ahora al utópico problema de organizar una expedición de guerra sin dinero, sin hombres ni pertrechos, sin posibilidades de transporte?

En ese empeño le había precedido Rafael Uribe Uribe, el batallador político colombiano que se encontraba en Guatemala, porfiando por obtener la protección del dictador Estrada Cabrera para la proyectada expedición bélica.

El doctor Porras llegó a Guatemala en el mes de mayo de 1898. En la estación del ferrocarril le aguardaban Uribe Uribe, Simón Restrepo y José María Sánchez Mejía, quienes se mostraron solícitos con el recién llegado, echaron manos de sus valijas y le acompañaron al Hotel España, en donde tenía reservado un cuarto al lado del que ocupaba Uribe Uribe, quien le dijo:

"Estamos a punto de conseguir, al fin, que el licenciado Manuel Estrada Cabrera ratifique el convenio que tenía celebrado yo con el presidente Reina Barrios y nos entregue las armas que éste se obligó a darme. La muerte de Reina Barrios ha sido una calamidad para nosotros, porque con él todo estaba listo y con

el que le ha sustituido me ha sido indispensable iniciar relaciones y entablar de nuevo una negociación ya concluida. El deseo de Estrada Cabrera de afirmarse en el poder y las preocupaciones electorales en que se halla, son estorbos para darle pronto término. Cuando cayó Reina Barrios, andaba yo por Costa Rica y me vine enseguida. Tengo dos meses de estar de nuevo en la brecha: con todo, muy pronto vamos a llegar al logro de estos afanes." ⁹

Porras no había estado antes en Guatemala y estaba lejos de sospechar las terribles circunstancias por las que atravesaba ese país bajo la dictadura férrea de Estrada Cabrera. Con las cartas de recomendación que traía consigo logró anudar amistades, mas poco a poco se dio cuenta de que pisaba en terreno movedizo donde imperaban el temor y la delación. Se hablaba en voz baja de los horrores del régimen, de la inseguridad en que se vivía, de cómo en cualquier momento se podía caer en prisión y sufrir toda clase de persecuciones y angustias. Estrada Cabrera estaba comprometido en la muerte del presidente Reina Barrios, a quien sucedió en el poder, y temía por su propia vida, no confiaba en nadie, y sólo aceptaba comer lo que su propia madre le preparaba, que le llegaba en un recipiente provisto de doble cerradura.

Uribe Uribe había descendido a la situación de escribir artículos elogiosos para el tirano, con la idea de ganarlo para sus planes, e invitó a Porras a que también lo hiciera, pero el panameño se negó.

"Eso de escribir por paga me repugna horriblemente; no lo he hecho nunca; he escrito por convicción, por entusiasmo, por amor; pero por paga, no." ¹⁰

Llegó el mes de junio a su término, sin posibilidad alguna de conseguir las armas. Sin embargo, a fines de ese mes Uribe Uribe se le acercó con el mayor secreto para informarle que ya estaban arreglando las armas en sus respectivas cajas, y que además se le proporcionaban dos cañones que no figuraban en el contrato. Dos días después le aseguró que todo estaba listo y que al doctor Porras le encomendaba la misión del embarque, por estar menos vigilado y porque él tenía que arreglar sus asuntos para viajar en breve a Colombia, donde había sido nombrado para ocupar una curul en la Cámara de Representantes. Le entregó para gastos ciento cincuenta pesos en oro, diciéndole, por último, que marchara al puerto de San José, donde un vapor llegado del Norte se encargaría de conducir el armamento.

Habiéndose dirigido a la comandancia del puerto, le sorprendieron con

la noticia de que el buque había zarpado ya, con el cargamento a bordo. El 5 de julio y mortificado sobremanera, el doctor Porras resolvió dirigirse a la capital, y en el trayecto se encontró con Uribe, que iba hacia el puerto con el propósito de embarcarse. Cuando se enteró de lo ocurrido, sospechó que podía haber un engaño, y amenazó con tronar por la prensa contra el dictador. Mas serenándose, le encomendó a Porras quedar en su reemplazo en Guatemala con el fin de procurar una entrevista con Estrada Cabrera.

Tras de varias peticiones de audiencia que no fueron atendidas, el presidente le recibió al fin, y le contestó con evasivas que indignaron a Porras, aunque finalmente le prometió que cumpliría el compromiso adquirido; con lo cual añadió un nuevo engaño al ya perpetrado.

El doctor Porras, no obstante los fracasos sufridos, persistió en su empeño de obtener que el dictador cumpliera su palabra; pero sólo consiguió hacerse sospechoso de complicidad con enemigos de aquél, exponiéndose a una posible persecución. Permaneció en Guatemala, en gestiones inútiles, durante julio y agosto, y sólo a mediados de septiembre resolvió dar por terminados aquellos humillantes requerimientos ante un hombre que se burlaba abiertamente tanto de Uribe como de su propia insistencia. En tales desgraciadas circunstancias tomó un pasaje para dirigirse a Nicaragua, a cuya capital llegó el 23 de septiembre de 1898.

En Managua se enteró Porras de la innoble y solapada actitud que en las gestiones suyas y de Uribe, interpuestas ante Estrada Cabrera, había asumido el dictador guatemalteco, tan diestro en las artes del engaño y la perfidia:

"Por José Pérez, agente confidencial del general Zelaya en Guatemala, y por otros amigos nuestros de allá, sabíamos lo que estaba pasando. De un lado Estrada Cabrera le prometía a Uribe y de otro le hacía dar cuenta al Gobierno de Colombia, por medio de agentes suyos, de todo lo que ocurría, dando al propio tiempo la seguridad al último de que no saldría de los parques de Guatemala para nosotros un solo rifle, ni una sola cápsula." ¹¹

Gestiones en Nicaragua. El general José Santos Zelaya.

Los continuos y decepcionantes reveses sufridos en Guatemala no amilanaron al doctor Porras, a quien los golpes y el conocimiento creciente de las

personas que ejercían el poder en Centroamérica, rodeados de una corte servil de parásitos y aduladores, enseñaron que no podía esperar por buenas razones ni entendimiento honorable y franco, ni resultados positivos de sus apremiantes gestiones.

Le animaba, no obstante, para persistir en aquella porfiada lucha, su arraigada fe en la causa por la cual trabajaba, su encendido patriotismo junto con el anhelo de verle triunfante en Panamá para bien del liberalismo.

Sin embargo, en su propia tierra las cosas no andaban tampoco en términos muy halagadores. Carlos A. Mendoza le dirigió, el 10 de febrero de 1898, una carta muy pesimista:

"El gobierno está muy preparado dizque para aplastar cualquier revolución. Por todas partes ve conspiraciones. Espera una invasión por Bocas del Toro. En fin, vivimos como en un campamento, oyendo las nocturnas voces de alerta de los centinelas." ¹²

Estaba entonces en Nicaragua, como representante del partido liberal colombiano, el doctor Modesto Garcés, que había vivido tres años de destierro en Nicaragua, y encontrándose viejo, cansado y enfermo, se disponía a regresar a Colombia, aprovechando un decreto de amnistía dictado por el presidente Marroquín.

Hizo presente el doctor Porras que muy poco podía esperarse del gobierno de Nicaragua, por ser muy pobre, y no hallarse en condiciones de ofrecer una ayuda pecuniaria. De todos modos, le dejaba la representación del partido liberal colombiano, con el ruego de comunicarle cualquiera noticia de importancia.

Comprendió pronto que no podría contar con la acogida que antes se le había dispensado en aquel país, en donde obtuvo del presidente Zelaya una recepción tan ventajosa. Ahora llegaba en plan revolucionario y buscando ayuda para un proyecto bélico, y más bien se hizo sospechoso, a causa de una manifestación suya a propósito de un mensaje presidencial que contenía declaraciones ofensivas contra algunos ciudadanos. El documento fue confiado al doctor Porras, para su revisión, y se limitó a sugerir, por apremios de tiempo, que se atenuase ese lenguaje ofensivo, impropio de la medida y comedimiento que debe caracterizar el estilo de tan alto funcionario. El mensaje no fue modificado y en cambio, provocó el resentimiento y desconfianza contra Porras, cuya correspondencia fue abierta y sometida a censura en adelante.

Las relaciones con el general Zelaya dejaron de ser, por tanto, tan cordiales como antes eran. Se interpuso una especie de distanciamiento en que la correspondencia para dejar constancia de lo actuado, fue el vehículo de comunicación. Porras se convirtió, de amigo personal que antes era, en agente de la revolución en Nicaragua. Habiendo sido nombrado, en fecha muy anterior, cónsul de Nicaragua en Londres, desistió de ocupar tal posición dedicándose exclusivamente al servicio de su partido, para los efectos de promover la revolución.¹³

Zelaya no vino a ser ya el jefe de Estado a quien se imploraba ayuda directa, sino más bien, el alto funcionario al que se pedían sus buenos oficios con el fin de tramitar en Nicaragua la recepción y las facilidades para hacer llegar hacia el sur el cargamento de armas que debía llegar desde Nueva York con destino a la causa revolucionaria.

Sin la ayuda efectiva del presidente del Ecuador, el general Eloy Alfaro, quien sí acogió con fervor la idea y se mostró propicio a favorecerla mediante la donación de fondos para la compra de armas, los empeños del doctor Porras y sus colaboradores nunca habrían prosperado.

"Serví de intermediario —dicen sus memorias¹⁴— entre los agentes de la revolución colombiana en Londres y Nueva York, con el presidente de Nicaragua y con el mismo presidente del Ecuador, de quien conseguí que por conducto del general Zelaya depositara fondos en Nueva York destinados a ayudar la causa revolucionaria."

Hubo dilaciones, órdenes confusas, en relación con la entrega del dinero, ya para la compra de armas, ya para adquirir un barco que las transportara. El doctor Porras se impacientaba, y lo mismo don Temístocles Rengifo, quien escribía desde Guayaquil al primero, el 29 de febrero de 1900:

"Primero, peticiones locas al general Alfaro (pedir el buque Cotopaxi); después, cuando ya hay dinero, en lugar de comprar el buque, enviarlo a usted, el alma del asunto, a recibir un parque con el cual engañaron a Uribe Uribe, y todo a tiempo en que se le busca pleito a los vecinos. Ojalá esté yo completamente errado, pero creo firmemente que servicios distintos de los que hasta ahora nos ha prestado Nicaragua, no obtendremos de ella. Es nación pobre y cree amenazada su estabilidad si la revolución colombiana fracasa..."¹⁵

Otro problema se presentaba, en caso de que el armamento llegase a Nicaragua, y era el de su transporte hacia el sur. Zelaya no quería ceder el único

buque artillado con que contaba, o sea, el Momotombo, por el temor de confrontarlo con un buque colombiano más poderoso. Pensaba, más bien, que debía utilizarse la nave ecuatoriana Cotopaxi, a riesgo de que ésta corriese el mismo que la suya, y así lo pidió el general Alfaro, sin reparar en la indelicadeza de tal propuesta.

En vista de las dificultades, se llegó a la conclusión de que no habría expedición posible, a menos de contar con un buque propio, que podría costar unos treinta mil dólares. Así se le hizo saber el general Alfaro, insinuándole que la donación de veinte mil dólares más, permitiría realizar la operación en California. ¹⁶

Otra vez Guatemala

El 16 de enero de 1900 Eusebio A. Morales llegó a Managua con el propósito de reforzar las gestiones de Porras, acompañado de Temístocles Rengifo. Querían sacar algún fruto de la simpatía que Zelaya había mostrado hacia los empeños revolucionarios del liberalismo colombiano, y que su actitud se tradujera en términos parecidos a los empleados por el general Alfaro, presidente del Ecuador. Enviaron un cable cifrado al político ecuatoriano tratando de conseguir que los fondos estancados en Nueva York, que él había donado, se pusiesen a disposición de ellos. La respuesta de Alfaro llegó pronto, pero dirigida al ministro Sánchez, manifestando que el presidente Zelaya debía decidir sobre el particular.

Con lo cual sobrevino a Porras una gran contrariedad: que se le enviase a Guatemala a reclamar las armas que Uribe Uribe había comprado al presidente extinto, Reina Barrios, retenidas por Estrada Cabrera, comisión que ostensiblemente estaba encaminada a sacar a Porras de Nicaragua.

Si en la etapa anterior de su visita a Guatemala había sufrido tantas contrariedades, ahora habrían de redoblarse con la aviesa misión que se le confiaba.

"Me mandaban —dice el doctor Porras ¹⁷— con el fin aparente de recabar del mandatario de Guatemala, las armas que el general Uribe Uribe le había comprado a Reina Barrios y cuya entrega reclamó ese amigo en vano y solicité yo en su nombre con el mayor empeño. Para determinarme a ese viaje, me manifestaron que el general Alfaro lo había indicado así y se había entendido a su vez con Estrada Cabrera. ¿Por qué, si se trataba de la entrega de unas armas

contratadas ya, Estrada Cabrera no las entregaba al doctor José Pérez, agente confidencial de Nicaragua en Guatemala y a la sazón en ésta?"

Porras porfiaba con ahínco para no recibir ese penoso encargo. Estrada Cabrera no era su amigo, le replicaba al ministro Sánchez; era un hombre incomprensible con quien no podría entenderse jamás. Pedía que se mandara a su amigo el doctor Morales, o bien a Rengifo. Pero Sánchez insistía, diciéndole que Estrada Cabrera había manifestado su buena disposición de recibir a Porras. No pudo resistirse por más tiempo, y el 7 de febrero de 1900 llegaba al Puerto de San José. Le dirigió por telégrafo un cordial saludo y otro al día siguiente, sin obtener respuesta alguna. El 9 de febrero le escribió una carta, aludiendo a los telegramas anteriores, y suplicándole que le acordara día y hora para visitarle, ya que su venida obedecía al requerimiento de dos gobernantes a los cuales representaba.

Por fin le mandó una tarjeta para que fuese a verlo a las nueve de la noche en su casa particular. Le hizo esperar media hora para recibirlo. Le hicieron pasar entre bayonetas y espadas en la puerta de Palacio. A las nueve oyó el toque de cornetas para formar la guardia y cerrar con gran estrépito la puerta. A las nueve y media un oficial vino a anunciarle que el señor presidente le invitaba a volver al día siguiente, a la misma hora. Acudió a la cita, tras la promesa de un oficial de que sería recibido; y pudo verle, al fin, en una conversación cordial, pues eran amigos. Aparentemente accedió a la demanda, prometiendo entregar quinientos rifles, no mil, y treinta mil pesos en dinero. Le dijo que podía ir a verlo cuando quisiese. Mas, para volverlo a ver, "zapatitos de hierro había que romper". Tras de muchos intentos inútiles, perdió ya la paciencia, se sintió humillado y víctima de constantes engaños. Además, sometido a vigilancia y presa de la mayor inseguridad, pues hasta en el hotel donde residía concibió fundadas sospechas de que podía ser atacado en cualquier momento. Poseído del miedo y de toda clase de presagios sombríos, el doctor Porras no pudo soportar por más tiempo el suplicio de saberse expuesto a la delación, el ultraje y la muerte, y decidió salir para Nicaragua, "huído, escapado"; y "sólo cuando a bordo del vapor 'Chile', éste izó el ancla, me consideré tranquilo."

La expedición se hace a la mar

En larga nota dirigida a Foción Soto por Temístocles Rengifo, inserta en el libro *Memorias de la guerra (1899-1902)*, escrito por el general Víctor M.

Salazar,¹⁸ se da cuenta de las gestiones realizadas en países centroamericanos por Belisario Porras, Modesto Garcés, Eusebio A. Morales, Temístocles Rengifo y otros.

"Aunque pintar las peripecias que afrontaron, los engaños que sufrieron y los desaires de que fueron víctimas sería tarea demasiado larga, sin embargo, como la historia debe contener la visión panorámica de la época en que los hechos se cumplieron, consideramos oportuno transcribir un importante documento del doctor Temístocles Rengifo, uno de los más eficaces agentes de la revolución en el exterior."

"Todo cuanto realmente se había obtenido en esas repúblicas, era la aquiescencia del gobierno de Nicaragua para que por medio de sus agentes consulares, fueran despachados de Europa y los Estados Unidos, armas y otros elementos de guerra para los revolucionarios... Después de eso... todo se reducía a promesas hechas como lo aconseja Maquiavelo, para no cumplirlas en manera alguna."

En efecto, se puede ver a través de ese informe la falacia, mala fe y procedimientos torcidos de Estrada Cabrera, José Santos Zelaya y sus secuaces, no sólo con las personas nombradas sino con un noble jefe de Estado, el general Eloy Alfaro.

Tanto Rengifo como Porras y Morales estaban en completo desacuerdo con el empeño de Zelaya en exigirle al general Alfaro el envío del único guardacostas ecuatoriano, el Cotopaxi, para el transporte del armamento que se esperaba, procedente de Estados Unidos, a sabiendas de que podía ser destruido por un buque enemigo.

A pesar de que el presidente ecuatoriano había situado fondos en Nueva York, él sí, del franco deseo de ayudar en la empresa, el ministro Sánchez, del gobierno de Zelaya, y Zelaya mismo, se mostraban extrañadamente evasivos respecto a la compra de un buque para el transporte del armamento, así como en lo concerniente a la adquisición del armamento mismo.

El viaje de Porras a Guatemala, que tanto le contrarió, fue ideado con el propósito de alejarle de Nicaragua, donde al parecer estorbaba los planes dilatorios del gobierno de Zelaya.

La certeza de que estaba procediendo con calculada mala fe la tuvieron al enterarse de que el general Sarmiento estaba detenido en Nuevo York porque

le faltaban \$5.000 para completar el equipo de sus buques, a pesar de que Zelaya y su ministro Sánchez disponía de \$40.000 suministrados por Alfaro para auxiliar a la revolución.

Por fin se consideró indispensable despachar cuanto antes a Panamá la expedición encabezada por Porras. Por conducto de Morales, que fue a ver a Zelaya, hizo saber a Porras, a mediados de marzo de 1900, que estaba dispuesto a dar el auxilio prometido y a entregar la nave Momotombo para conducirlos a Panamá junto con los pertrechos de guerra. Había, no obstante, pareceres contrarios al desembarco en el Istmo, como los del doctor Rengifo, Foción Soto, Alfaro y Sarmiento. Se temía la situación vulnerable del país, el peligro de una posible ocupación yanqui, aunque se comprendía, al mismo tiempo, el valor estratégico de Panamá como centro de operaciones para el cruce de tropas destinadas, tanto al Atlántico como al Pacífico, en lo referente a Colombia.

Por conducto de Clodomiro de la Rocha, su secretario privado, el general Zelaya, que no quería recibir al doctor Porras, dispuso entregarle el armamento que había prometido, y escogió al general Nicasio Vásquez para comandar el Momotombo. Porras comprendía que con el exiguo armamento que se le entregaba, reducido a 600 rifles, 120.000 tiros, un cañón y 150 tiros para el mismo, la expedición estaba condenada al fracaso. De la Rocha, a instancias suyas, le entregó unos pertrechos más. El armamento era viejo, usado, de escaso valor. Porras recibió además, \$2.000 en billetes del Tesoro Nacional que sirvieron para dar un anticipo al general Emiliano Herrera y a los reclutas que iban en condición de soldados; pero algunos recibieron la paga y luego desaparecieron escondiéndose en Corinto el día de la salida.

No fue posible evitar que la noticia del embarque de la tropa se divulgara y provocara comentarios callejeros que indignaron al general Zelaya, que mandó llamar a Porras el 20 de marzo, a las 9 de la mañana, conminándole a salir antes del día previsto, pues de lo contrario daría contraorden y suspendería la expedición. A lo cual hubo de avenirse el atribulado panameño. El general ordenó: "El embarque será a las cuatro de la tarde aquí, y de Corinto mañana en la mañana." ¹⁹

Se despidieron fríamente, casi con hostilidad por parte del militar nicaragüense.

"A las cuatro de la tarde en el muelle de Managua. ¡ A las cuatro es decir,

a la luz del día, a la vista de todos, de amigos y enemigos, y eso, para poner remedio al rumor que circulaba de nuestra partida !... "

La consigna recibida por el buque expedicionario era "rehuir todo combate con la nave Boyacá, si la encontraba, y contentarse con avistar la primera tierra colombiana que hallara para echarnos en ella, y regresar inmediatamente, sin volver la vista atrás".²⁰

El desembarco en Punta Burica

El Momotombo era un buque viejo, de marcha lenta, acosado por el temor de encontrarse con la fragata colombiana Boyacá, cuyo posible ataque podría hundirlo; de modo que navegaba con toda clase de precauciones, alejándose de la costa por la noche y aproximándose durante el día. Los capitanes eran dos, no muy expertos en el conocimiento de la ruta, a tal punto que se equivocaban en cuanto a los sitios de la costa que se divisaban.

A las dos de la tarde del 30 de marzo se avistó la Punta Burica, y quisieron que se efectuara el desembarco en dos sitios inadecuados, a lo cual se opuso el doctor Porras, quien logró al fin disuadirles, pues se trataba de promontorios fuertemente azotados por las olas. En busca de un desembarcadero más accesible, llegaron al brazo del mar llamado Charco Azul, en la propia garganta de Punta Burica.

"Allí anclamos para que una comisión fuera a tierra a inspeccionar si el sitio era a propósito para el desembarque. Se había alcanzado a ver un rancho en la costa y el lugar debía estar habitado. Compusieron esa comisión Carlos A. Mendoza y los dos Morales, Eusebio y Pablo Emilio. Un bote manejado por cuatro nervudos remeros los llevó a tierra. Con las últimas luces del crepúsculo y ayudados por anteojos de larga vista, vimos cómo el bote era juguete de las olas, cómo orillaron por diferentes lugares para poder allegarse a la playa, y cómo, en fin, entre tumbos y marejadas que los alzaban y hundían en los senos de las olas, tocaron a tierra y montaron por la playa a la barranca."²¹

Con la oscuridad de la noche fue imposible ver lo que ocurría en la costa, y el transcurso de las horas hacía concebir serios temores respecto a lo que hubiera podido acontecerles, pues no fue sino a la una de la noche cuando regresaron los

remeros solos, que explicaron cómo los comisionados prefirieron no aventurarse a regresar en la oscuridad, por no exponerse a mayores peligros.

Al romper el día, se les mandó un bote para que volvieran, y contaron que a causa de las nubes de insectos que les perseguían, tuvieron que dormir enterrados en la arena.

Intentaron persuadir a los capitanes del buque a fin de buscar un mejor sitio para el desembarque; pero todo fue en vano, y a la una de la tarde del 31 de marzo de 1900 se procedió a desembarcar a la gente y al armamento. Cuando todo estuvo en tierra, a las seis de la tarde, el Momotombo levantó anclas, en viaje de regreso.

A las penalidades que los expedicionarios habían sufrido durante la travesía, hacinados en el buque y mal alimentados, siguió el calvario que les esperaba en el lugar inhóspito donde habían desembarcado. Los zancudos, en nubes aterradoras, no les dejaban tranquilos un solo momento, a pesar de las fogatas que hacían para ahuyentarlos.

"Se cernían sobre nosotros en nubes negras y se dejaban caer sobre la cara y las manos, las piernas y el cuerpo todo, con ansia y rabia insaciables, y herían a través de los vestidos, de los sacos de henequén con que se cubrían algunos, y aun de la lona de las carpas que llevábamos." ²²

Porras consiguió acomodarse en uno de los dos ranchos, muy destartado, donde había acomodado las cajas del armamento, y se cubría con una fuerte lona que lo protegía contra la lluvia. De igual modo habían hecho varios expedicionarios, que sin sospechar que él se encontraba allí, se quejaban de la triste condición a que les había arrastrado el doctor Porras, agravada por la falta de provisiones. Decían que el abogado tableño, en su carácter de tal, sabría defender un pleito, pero no dirigir una fuerza armada; y que a lo mejor ni siquiera se atrevía a entrar en combate. Tal conversación refiere el mismo Porras, le impresionó profundamente, pues no podía soportar que sus subalternos dudasen de su valor. Salió del rancho, sin poder conciliar el sueño, y se dirigió al lugar donde se encontraban Mendoza y Morales, metidos hasta el cuello en la arena, para resguardarse contra los mosquitos; y les contó todo cuando había oído. Mendoza trató de confortarlo, quitándole importancia al asunto; aunque comprendió, por el tono de voz, que también se había impresionado.

Primeros actos de la expedición

Llegados a Punta Burica, Porras se constituyó en jefe civil y militar del departamento de Panamá; designó al general Emiliano Herrera, que les acompañaba, jefe de las operaciones militares; a Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales, secretarios de Gobierno y Hacienda, respectivamente.

Expidió un manifiesto a la nación, en el que daba cuenta de lo expuesto y defendía la necesidad de la revolución. Mendoza, por su parte, dirigió una circular a los extranjeros, exhortándoles a observar estricta neutralidad en la contienda.

Porras había ofrecido al general panameño Rafael Aizpuru, el comando militar de la expedición, quien le contestó regocijado que aceptaba el cargo, y que podía contar con su experiencia militar y su cooperación más decidida. Pero desistió de la propuesta porque el general José Santos Zelaya, que amparaba la empresa, presentó dos candidatos que le inspiraban confianza: los generales Abraham Azevedo y Emiliano J. Herrera. Porras escogió al último.²³

Dada la exigüidad de sus tropas, pues sólo contaba, entre oficiales y soldados, con 110 hombres, necesitaba robustecerlas con un contingente de Chiriquí, que le podría proporcionar el teniente Manuel Quintero, quien gozaba de simpatías en su provincia. Porras quería su concurso, mas no por reconocerle méritos militares, pues no concedía preponderancia civil ni militar a nadie, empeñado en reservarse el primer puesto en todo. Ni siquiera pensó, cuando más adelante entró en escena el general Benjamín Herrera, reputado como notable estratega, en subordinarse a su pericia bélica; y de allí surgió una agria disputa con aquel notable hombre de armas, de la cual hubo de salir muy mal librado.

Sobre su incapacidad para el mando militar circularon opiniones coincidentes. Del general Emiliano Herrera:

"El doctor Porras no pasa de ser un buen abogado; viene haciéndose muchas ilusiones, pero va a sufrir una muy grande decepción."

El general José Santos Zelaya desconfiaba de su protegido en cuanto a su pericia para dirigir la guerra, y por ello le presentó los candidatos antes mencionados (generales Azevedo y Herrera), de los cuales Porras escogió al segundo.²⁴

El general Emiliano J. Herrera, una vez aceptado y jurado el cargo de jefe de las operaciones militares, organizó los 100 hombres de que disponía en cuatro

cuadros de oficiales, tres para la infantería y uno para la artillería, al mando de jefes con el grado de coroncles.

Hubo ya diferencias con Porras, pues no designó jefe de Estado Mayor, "no hubo juramento de banderas, ni de obediencia y respeto a las autoridades supremas de la revolución y del nuevo gobierno", desconociendo así las insinuaciones del primero.²⁵

La razón que opuso fue la conveniencia de someter a prueba a todo el personal, para no proceder con ligereza.

El avance hacia David

El haber desembarcado en lugar tan apartado y solitario, poblado de zancudos y otros insectos insoportables, fue indudablemente una desgracia para aquellos hombres. La casualidad, sin embargo, les dio una buena pista con el encuentro del indio Martín Beitía, que venía de Alanje con un motete al hombro, y era conocedor de la región. Llevado a presencia del doctor Porras, le dijo que no había en los contornos noticias de la llegada de los expedicionarios. El venía de la tienda de Rosendo Herrera, una de las dos con que contaba Alanje, y con ello suministró un dato importante a Porras, quien consideraba a Herrera amigo y copartidario. Beitía convino en volver a la población para informar a Herrera acerca de la expedición en marcha.

Avistaron al día siguiente a un hombre corpulento, que les sirvió de inestimable auxiliar. Sabía, informado por Beitía, del arribo de los revolucionarios, y les suministró noticias valiosas sobre el estado de inquietud y disgusto que reinaba en esa provincia. La desesperación del pueblo favorecía el movimiento que ellos encabezaban. Nadie comía carne; la sal y los impuestos de degüello eran enormes. Las gentes abandonaban sus ranchos, pues carecían de medios para vivir. Brígido Ceballos era el nombre de aquel inesperado servidor, quien tras una salida vino provisto de dos caballos con los cuales el general Emiliano Herrera inició la marcha de la mayor parte de la gente, dotándola de fusiles, maletas y cápsulas que, en concepto de Porras, les recargaban mucho, ya que iban a pie, por terrenos fangosos.

Porras se quedó en el lugar del desembarco, con diez hombres, custodiando el parque. La tropa comandada por Herrera partió a las seis de la tarde del 1º de abril. Mendoza contó después a Porras que la travesía fue muy penosa, pues

no existía otro camino que la playa, si la marea estaba baja. La marejada les estorbaba de manera inclemente, impidiendo el avance. A las doce de la noche llegaron a la boca del río Majagual, de un lecho movedizo; el pie se hundía y hacía perder el equilibrio. La bestia que llevaba el cañón no pudo resistir y cayó, sin que fuese posible salvarla. Los hombres pasaban toda clase de penalidades para poder avanzar en la oscuridad de la noche. Sólo la pericia y frotaleza de Brígido les salvó del desastre, pues les ayudaba e infundía alientos cuando estaban en dificultades, y recuperó el cañón atado a la bestia.

Con el auxilio de Rosendo Herrera, el buen amigo de Alanje, y de veinticinco hombres que se le unieron, lograron pasar en botes la boca del río Los Espinos, en la cual confluyen otros. Tras ocho horas largas, a las cinco y media de la tarde, llegaron a Alanje.

Rosendo Herrera fue al encuentro de Porras, provisto de caballos, y cuando las tropas estaban ya acuarteladas en Alanje, emprendieron la marcha hacia esa población, en tanto que el parque era transportado por tierra, al cuidado de personas de confianza.

"A medida que avanzábamos, iba engrosando el acompañamiento. Las gentes salían a la vera del camino a ofrecernos tortillas, chicha, café y licores, y mujer hubo que vino a la barranca, cerca del Majagual, a ofrecerme un hijo y un sobrino para que combatieran a mi lado." ²⁶

La toma de David

La entrada en Alanje fue recibida con vítores entusiastas, que festejaban a la revolución y al partido liberal. Eran las dos de la tarde del día 3 de abril, y era necesario aprovechar junto con el entusiasmo reinante, el elemento sorpresa para el ataque a David, distante tres horas de Alanje. Aunque ya se habían adelantado, desde esta población, jinetes montados de familias distinguidas, que se disponían a secundar los planes revolucionarios. Salvado el paso de Los Ladrillos, lecho de un profundo estero que se llena de agua con la mar crecida, los de a pie hubieron de atravesarlo con el agua al pecho, y los de a caballo mojándose hasta las rodillas. Acamparon en lugar resguardado para pasar la noche, y se aguardó el nuevo día para pedir la rendición de la plaza. Tanto el doctor Porras como el general Emiliano querían evitar el derramamiento de sangre; y como las fuerzas invasoras eran considerables, se estimó que ello podría contribuir a la capitulación.

Convenía evitar la lucha sangrienta en las calles y la alarma consiguiente de los habitantes de la ciudad. Se nombró a un parlamentario que llevara a los jefes de la resistencia el mensaje de intimidación, pero no dieron tiempo a que les llegara, pues desde el primer toque de diana los que guardaban la torre hicieron un disparo de cañón y otros de fusil. El general Herrera dio la señal para responder al fuego enemigo; las tropas de infantería fueron divididas en dos alas, y la pieza de artillería, convenientemente situada en una loma, debía proteger el asalto.

Porras pidió un buen caballo para dirigir el ataque por el centro, visto lo cual por Mendoza, se le acercó alarmado, presintiendo el peligro. Le respondió el primero que estaba obligado a hacerlo, recordándole lo escuchado en Burica, cuando se puso en duda su coraje para entrar en combate.

"Entonces Mendoza, con lágrimas en los ojos, me dijo: 'Pues yo te acompañaré; donde tú caigas, caeré del propio modo.'"

Únicos combatientes a caballo, que avanzaban por una calle rodeada de parapetos, ofrecían un magnífico blanco para el disparo enemigo. El fuego se mantuvo durante una hora y media. El coronel Morales, que manejaba la pieza de artillería, bajaba desde la loma en donde operaba para situarla en la plaza, frente al cuartel; allí pereció de un tiro de fusil, y quedaron heridos sus dos ayudantes; por lo cual se inutilizó el cañón.

Arreció el ataque de los patriotas, mientras Porras y Mendoza avanzaban por el centro. En lo alto de la torre apareció una bandera blanca, en señal de rendición; pero ello no impidió que del modo más alevoso saliese de una de las ventanas del cuartel una descarga, posiblemente por no haber avistado la bandera blanca enarbolada en la torre.

Dueños ya del campo, Porras cuenta que le llenó de satisfacción comprobar que algunos de los que antes le motejaban de abogado hábil únicamente para ganar pleitos, se le acercaron para felicitarle por la victoria alcanzada. En esos instantes les hicieron una descarga desde una de las casas de alto de la plaza, que por fortuna no dio en el blanco.

El parte del general Emiliano Herrera fue muy laudatorio, haciendo ver que los soldados revolucionarios pelearon a pecho descubierto, con arrojo y decisión, y que los adversarios, no obstante estar parapetados, no resistieron el fuego liberal. Quedó así la provincia en manos de los revolucionarios, que apresaron al prefecto de la provincia, al jefe de policía, y a los oficiales miembros de la guarnición policial. Además, les quedó algún armamento, no muy crecido.

El egocentrismo del doctor Porras

Si en los sucesos que precedieron al desembarco en Chiriquí, los relacionados con el desembarco mismo, las peripecias que siguieron y la toma de David, las *Memorias de las campañas del Istmo* de Belisario Porras constituyen una buena guía, pues se ajustan objetivamente a lo que en verdad aconteció, no sucede lo mismo en el curso posterior de la Guerra de los Mil Días, pues comienza a intervenir, con predominio cada vez más creciente, un factor que hará cada vez más difícil la prosecución de la campaña, a saber: la autosuficiencia desorbitada del doctor Porras, que no se detiene ante nada, pues el título que se dio a sí mismo, de jefe civil y militar del departamento del Istmo, le hace pensar que todo queda subordinado a su mentalidad omnisciente, lo mismo en los asuntos civiles que en los militares, cuando de éstos últimos no sabía ni podía saber nada. Pretendía, sin embargo, estar por encima de quienes habían estudiado la milicia y tenían experiencia en los combates, pues discutía con ellos no sólo en plan de igualdad, sino con una suficiencia de criterio superior al que pudiera tener el mejor de los estrategas.

Ello le creó toda clase de problemas con el general Emiliano J. Herrera, a quien nombró jefe de operaciones militares, reservándose para sí la capacidad de decisión irrevocable, y ello le colocó más tarde, abiertamente, en conflicto irreconciliable con un militar de carrera como el general Benjamín Herrera, cuya versación en la materia era unánimemente reconocida.

Las *Memorias de las campañas del Istmo* se resienten, por tal razón, del egocentrismo exagerado del autor, de su propensión a defender sus puntos de vista como si fuesen la última verdad, pues se tenía formada la idea de ser el jefe supremo de la guerra, cuya autoridad nadie podía ni debía desconocer. En esto no cejaba un punto, y de aquí los muchos errores cometidos, las fluctuaciones del conflicto y el desastre del Puente de Calidonia.

Necesidad de acudir a otras fuentes de información

Para conseguir una mejor luz conviene acudir a don Armando Aizpurúa, quien para escribir la biografía del general Manuel Quintero Villarreal estuvo en contacto con el general Quintero, activo participante en la contienda.²⁷ Sirven también mucho las *Memorias* de Lucas Caballero, quien, de igual modo, par-

tipicó en las operaciones y fue testigo fidedigno de cuanto aconteció desde que el general Benjamín Herrera asumió el mando como director de la guerra en el Cauca y Panamá, entre 1899 y 1902, en lo que constituye la segunda parte de la Guerra de los Mil Días, que terminó con la paz de Wisconsin²⁸. De Lucas Caballero se dice en la introducción (página 10):

"Y durante toda la campaña de Panamá fue el jefe de Estado Mayor del mejor ejército que haya tenido en Colombia revolución alguna."

Sirve también de valiosa fuente informativa, esta vez desde el punto de vista conservador, aunque sin parcialidad, el libro del general Víctor M. Salazar, citado antes, *Memorias de la guerra (1899-1902)*²⁹. Este militar tomó parte en los sucesos bélicos que estaban desarrollándose en Panamá, y los miraba, como es natural, con alarma si, como llegó a presumirse el 14 de julio de 1900, según lo atestigua un documento firmado por Carlos A. Mendoza, la ciudad de Panamá caía en manos de las tropas revolucionarias; lo que, sin embargo, no llegó a suceder.

Los sucesos posteriores a la toma de David

El general José María Campo Serrano había llegado al Istmo al terminar el mes de diciembre de 1899, designado como gobernador, jefe civil y militar del departamento de Panamá, y comenzó a ejercer el cargo desde el 1º de enero de 1900. Una de sus primeras providencias consistió en recuperar la ciudad de David, caída en manos de los revolucionarios. Con tal fin envió a Chiriquí el crucero Boyacá, con una fuerza de 400 hombres, bajo el mando del general Carlos María Sarria, acompañado de varios oficiales y de algunos chiricanos que habían salido de la provincia: los hermanos de la Lastra y el doctor Oscar Terán³⁰. Advertido Sarria de que Porras sólo había dejado en David una guarnición de 60 soldados, que no era capaz de oponer resistencia, sólo mandó a esa población 200 hombres, el 9 de mayo de 1900, que se apoderaron de ella sin dificultad, y dio posesión del gobierno a José María de la Lastra, nombrado prefecto mediante decreto ejecutivo del 26 de abril.

Entre tanto, el general Emiliano Herrera se encaminaba a Santiago, mientras Porras avanzaba hacia Aguadulce, y ocupaba la plaza. Enterado el gobernador Campo Serrano del movimiento revolucionario en las provincias centrales, dispuso exterminarlo antes de que intentase acercarse a Panamá, y

nombró jefe de operaciones en esa región al general Belisario Lozada, secundado por varios batallones, la artillería y el Estado Mayor.

La población de Bejuco, donde el general Emiliano Herrera había acampado, fue escogida por el ejército del gobierno para dar la batalla. Porras y el general Herrera, enterados del plan, se aprestaron a buscar la posición más adecuada para situar sus tropas, y escogieron, en el lugar denominado La Negra Vieja, cinco colinas donde acamparían sus batallones de combate, entre las cuales habrían de pasar las tropas del gobierno que desembarcaran de la Boyacá.

A las siete de la mañana del día 8 de junio se inició el reñido encuentro, que duró hasta el crepúsculo. Los disparos de los cañones de ambos bandos y las descargas de fusilería se oyeron sin interrupción hasta las cinco de la tarde, en que cesó el combate. Las tropas del gobierno abandonaron el campo en completo desorden, retirándose en desbandada hacia La Chorrera, desde donde emprenderían el regreso a Panamá.³¹

Las consecuencias del serio revés sufrido por el gobierno con motivo del desastre de La Negra Vieja están reseñadas en las *Memorias* del general Salazar de que antes se ha hablado. De acuerdo con ellas, en el pueblo de La Chorrera permanecieron hasta el 11 de junio, y se le nombró para atender todo lo relacionado con la curación de los heridos y con el traslado de las tropas al puerto de La Chorrera, desde donde habrían de embarcar con destino a Panamá. Las instrucciones se cumplieron en parte, pues navegaban con rumbo a la capital, los heridos, el parque y algunas fuerzas. El resto de las tropas llegó al puerto y estaba esperando el turno del embarque, tratando de dormir. Pero a la una de la madrugada les despertó el general Sarria para anunciarles que la vanguardia del ejército revolucionario empezaba a llegar, y era preciso salir de La Chorrera cuanto antes. En medio de la confusión y el sobresalto, se les dijo que había una trocha, por la montaña de Emperador, que podría conducirlos a la estación del mismo nombre, en el ferrocarril de Colón a Panamá. Rápidamente se internaron en la montaña, por esa trocha abrupta, y a las cinco de la tarde lograron llegar a la estación de Emperador.

Otra seria preocupación embargaba al general Campo Serrano, con motivo de la derrota; no disponía de fuerzas para contener al enemigo que, proclamándose victorioso, podría emprender el ataque a la ciudad de Panamá. Consultándolo con el general Salazar, decidió marchar inmediatamente a Barranquilla para conseguir los refuerzos que le eran indispensables.

Entre tanto Carlos A. Mendoza, en su carácter de secretario de Gobierno de la revolución, dirigió una circular a los cónsules extranjeros establecidos en Panamá, con fecha de 14 julio de 1900, en la cual les rogaba que interpusieran sus buenos oficios ante las autoridades colombianas, con el fin de obtener que sus tropas salieran a batirse en despoblado con las del Ejército Restaurador, o que se entregaran a discreción las plazas de Panamá y Colón. De tal modo se conseguiría evitar que fuesen teatro de operaciones bélicas que resultarían desastrosas para personas y propiedades, al promover la lucha en las calles y el pánico entre la población civil.³²

Conflicto entre el doctor Porras y el general Emiliano Herrera

Enterados los jefes del comando revolucionario del viaje a Barranquilla del general Campo Serrano, gobernador de Panamá, en busca de refuerzos para hacer frente al posible ataque a la capital, después de consumado el desastre de la Negra Vieja, fue convocado, por parte de aquéllos, un consejo de militares del que se excluyó al coronel Manuel Quintero y a otros oficiales de igual graduación.³³

Hay un contraste visible entre la relación que ofrecen Armando Aizpurúa y Belisario Porras acerca de lo sucedido en esa reunión, en la que chocaron abiertamente los pareceres de uno y otro, con la desgraciada consecuencia de que tan lamentable controversia torció por completo el destino de la guerra, que hasta entonces había mostrado un signo favorable a los insurgentes. La insistencia del doctor Porras en hacer prevalecer su punto de vista sobre cuestiones militares, en las cuales no tenía competencia, contrariando de modo tajante el de Emiliano Herrera, a quien había nombrado jefe de ellas, creó un abismo entre ambos, y precipitó el desastre del Puente de Calidonia.

Todo hacía pensar, antes de esa reunión, que la victoria estaba al alcance de los revolucionarios. Todo se tornó después de ella en despeñadero tras el cual no hubo ya sino desgracia, muchos muertos y esperanzas hundidas. Dice al respecto Armando Aizpurúa, que recoge la opinión táctica expresada por el general Emiliano Herrera:

"En el curso de las deliberaciones del referido consejo, el general Herrera, según propia manifestación (artículo publicado en junio de 1900),

propuso hacer el ataque a Panamá por Peña Prieta, lugar apenas defendido por unos 60 soldados, según informe recibido de la capital. En el mismo mensaje se le decía que el resto de las fuerzas nacionalistas estaba distribuido entre La Boca, Calidonia y varios otros puntos de la costa, por donde se creía pudiera penetrar el enemigo; pero el lugar más descuidado era Peña Prieta, el más cercano a la ciudad. De haberse aceptado la proposición de Herrera, la toma de Panamá habría sido un hecho incontrovertible, toda vez que el general Albán (quien sustituía a Campo Serrano, que estaba en Barranquilla), no habría podido reunir en un solo cuerpo, con la rapidez del caso, los 700 hombres que tenía bajo las armas.

El plan de ataque sugerido por Herrera fue acogido con entusiasmo por varios militares allí presentes, tal vez adictos a él, e impugnado por quienes quizá no lo eran. Entre los enemigos del proyecto en discusión estaba el doctor Porras, el más opuesto, quien llegó a calificarlo de 'barbaridad'.

Varias otras medidas, como la anterior, fueron presentadas y discutidas en el seno de la asamblea de militares o consultados directamente al director de la revolución, sin resultado alguno para sus proponentes, porque siempre el elemento antagónico a Herrera les achacaba defectos para negarles su efectividad. Pero el doctor Porras sí logró que se le aceptara y pusiera en práctica un plan suyo, como el mejor de todos..."

El plan de ataque a la ciudad de Panamá debía hacerse, según Porras, y así quedó establecido, por La Boca y Corozal." ³⁴

El general Simón Chaux, uno de los partidarios de Herrera propuso a Porras designar al general Herrera comandante de las fuerzas unidas del Cauca y Panamá, ya que en el ejército había considerable elemento caucano organizado en batallones con jefes de la misma procedencia. Con la medida, además, de ser de inaplazable necesidad, "se le daban a Herrera sus legítimas credenciales para los efectos de la unidad de mando y éxito de las operaciones futuras."

Las sugerencias anteriores no le cayeron bien al doctor Porras, quien veía en todo un ataque a su persona; veía en tal medida la tendencia calculada de restarle autoridad o de anularlo en la jefatura del ejército, que se empeñaba en conservar a todo trance, desde que en Punta Burica se proclamó así mismo jefe civil y militar de la expedición. Contestó con un "no" rotundo a esa recomendación y para demostrar que su autoridad no admitía límites, y para lastimar y ultrajar a Herrera, efectuaba movimientos de la tropa prescindiendo de los derechos de su comandante. ³⁵

"No pudiendo, pues, Herrera mantenerse por más tiempo en condiciones deprimentes para su personalidad militar después de una acalorada discusión con Porras, dispuso retirarse definitivamente del comando de las fuerzas y seguir al Cauca en la escuadrilla revolucionaria llevando tres batallones, constantes de 600 caucanos, la oficialidad, que era numerosa, y la artillería correspondiente." ³⁶

En un arranque de indignación, Herrera dijo a Porras: "Yo sé que usted trata de suplantarme con otro, y es preciso que nos entendamos definitivamente sobre ésto para saber a qué atenernos..."

A lo cual Porras replicó: "Vea Herrera, he sido y soy su amigo y por eso está usted a mi lado (subraya Aizpurúa); pero yo no puedo detenerlo caso que usted quiera irse."

Como movido por un resorte y visiblemente alterado, Herrera abandonó su puesto en la mesa y ordenó a su corneta tocar llamada a los cuarteles para disponer su marcha.

Su actitud, como puede suponerse, cortaba totalmente la continuidad de la campaña revolucionaria y la condenaba al fracaso. Varios amigos de Porras que comprendieron el peligro provocado por su odio hacia el militar que aparentemente mandaba las tropas, se le acercaron para disuadirle de su irreflexiva decisión, haciéndole comprender que si la mantenía, todo estaba perdido. Hubo un superficial avenimiento; no ya la voluntad, por parte de ambos, de obrar sinceramente y de común acuerdo.

Herrera moviliza su ejército hacia Corozal

De conformidad con el plan trazado por Porras para el asalto a la ciudad de Panamá, correspondió al general Herrera el ataque por Corozal; Porras se asignó la invasión por La Boca.

Marchaban hacia Panamá cerca de 1800 hombres, distribuidos en varios batallones, además de los escuadrones, la artillería y el Estado Mayor. Según el plan puesto en marcha, el general Herrera habría de ir por tierra a Chorrera pasando por Arraján, desde donde avisaría a Porras, a fin de avanzar simultáneamente hacia la capital.

Hubo una verdadera complicación en todo lo relacionado con el movimiento de las tropas, pues la coincidencia no se dio, ni mucho menos. Todo anduvo trastocado y confuso; de tal modo que el general Albán, que había sido

informado de la presencia de las fuerzas insurgentes en Corozal, rompió los fuegos en ese lugar.

Los disparos de cañón y las descargas de fusilería de la batalla que se efectuaba en Corozal, se oían a lo lejos mientras Porras se empeñaba, todo despedido, en creer que no merecían importancia.

Embarcado, oculto con su gente, en algún recodo de la costa, esperaba la noche para continuar navegando. Un oficial incompetente, Cicerón Castillo, había trastornado todo el plan de avance, y no fue sino el 22 de julio (1900) cuando la expedición pudo llegar a Farfán, y entonces ya resultaba imposible coordinar con Herrera la acción bélica conjunta. Cada cual actuó por su lado, y a Porras le tocó el papel ingrato de la inacción, mientras las tropas de Herrera se batían con las gubernamentales en parajes muy distantes. El complicado andamiaje montado por Porras, sin contar con las dificultades materiales del transporte de las tropas, los obstáculos interpuestos por las mareas, en sus alternativas de flujo y reflujos, la falta de disciplina militar, los errores de táctica, la inexperiencia, en fin, en la dirección de acciones bélicas, todo contribuyó a fomentar el desastre.

"De no haber andado Porras en esta ocasión con pies de plomo y haciendo cálculos imaginarios, su asalto por La Boca no sólo habría coincidido con el combate que se había librado en Corozal, sino que no habría encontrado casi resistencia al desembarcar por ese punto", puesto que el general Albán se había llevado parte de las fuerzas (para su encuentro con Herrera en Corozal), dejando en la ciudad un pequeño destacamento.³⁷

Después del combate de Corozal

Una vez más el destino, al aparecer inclinado en favor de las fuerzas revolucionarias, les colocó el triunfo por delante, de haber presidido una acción conjunta bien coordinada en la marcha de las operaciones bélicas. Desgraciadamente el doctor Porras, obstinado en hacer prevalecer su criterio, impidió que esa victoria se obtuviese. Pues mientras el general Herrera cumplió su parte, la impericia de Porras en cuanto a la conducción de la suya, malogró el coronamiento de la empresa. Dice al respecto Armando Aizpurúa:

"Las fuerzas nacionalistas en su ataque a Corozal estaban dirigidas por el general Carlos Albán, gobernador, jefe civil y militar del departamento, resul-

tando vencidas después de dos horas de incesante lucha. Cuéntase que este aguerrido e intrépido militar, para no caer en manos de sus enemigos, abandonó su cabalgadura a orillas del manglar (lo que hoy es Albrook Field), para seguir a pie por terrenos pantanosos a la ciudad, a donde llegó a las cinco de la tarde del mismo día.

"El triunfo de las fuerzas liberales no se esperaba en Panamá, sino el de las fuerzas conservadoras, pues se tenía gran confianza en la habilidad y arrojo del jefe de operaciones, general Albán." ³⁸

Con la fuga de las autoridades militares, la ciudad quedó indefensa y a merced de los vencedores. El coronel Quintero quedó sorprendido al ver que el general Herrera no le daba orden de perseguir a los derrotados, y así se lo hizo saber:

"Las huestes enemigas están desbandadas y diezmadas, y en la ciudad debe cundir el pánico y la confusión, ante el impacto producido por el fracaso de Albán. Es el momento de que nuestro ejército se llene de gloria, tomándose la ciudad de Panamá sin grandes esfuerzos ni sacrificios de vidas, continuando nuestra marcha por la vía férrea." ³⁹

Herrera comprendía, tanto como Quintero, que ese era el camino que debía seguirse en tales circunstancias, pero le detuvo —y aquí mostró un noble gesto de lealtad— el haber empeñado su honor militar con Porras de entrar juntos en Panamá, el uno por Corozal y el otro por La Boca.

"Sabía que Porras no había cumplido su compromiso de atacar al enemigo por dicho punto, como lo había establecido a petición suya, el consejo de militares, motivo justificado para alejar todo escrúpulo y dar por cancelada su obligación."

A pesar de todo, no quiso proceder así, y contestó a Quintero: "Porras es muy celoso, y antes que se imagine que yo quiero arrebatarle sus glorias entrando solo a Panamá, prefiero esperarlo."

La tragedia del Puente de Calidonia

Es de una cruel ironía comprobar que el gesto del general Emiliano Herrera, reseñado anteriormente, en el sentido de no proceder de modo inmediato al asalto de la ciudad de Panamá, después de la victoria de Corozal, por deferencia

al doctor Porras, haya producido en éste la amarga reacción de culparlo de la tragedia que se produjo después, atribuyéndole la responsabilidad de la derrota. Tampoco le reconoce el triunfo de Corozal.

"En Corozal, decían, triunfamos, porque triunfar era lo inevitable... Cuando Herrera llegó al lugar del combate... llegó a tiempo para cobrar el precio de la victoria, y ese precio, que era la ocupación o conquista de Panamá, no lo cobró. Todavía a su llegada se oían las pisadas de los fugitivos y podía ponerse los pies en los talones. La ciudad estaba tan cerca, que allí se oyen las campanas de su catedral..."⁴⁰

En otro aparte de su extensa lamentación, que es a la vez una apasionada diatriba contra el militar colombiano, dice Porras:

"De modo que Herrera había trocado su papel por otro muy distinto; su impetuosidad de antes del combate se había convertido en moderación después de la victoria. No quería forzar, conquistar, emplear la violencia para tomar la ciudad, sino entrar a ella como amigo a recibir los lauros, en virtud de una entrega oficial; renunciaba a su actitud batalladora de guerrero y se asentaba en el sillón del magistrado; envainaba la espada y empuñaba la pluma."⁴¹

Pero Porras, en aquella cruenta lucha, en la que no había puesto a contribución, como copartícipe en el ataque, su capacidad de combatiente, sino que llegó, ya perdida la batalla, a contemplar el campo cubierto de cadáveres que dejó como saldo trágico la batalla del Puente de Calidonia, censuraba duramente al general Emiliano Herrera por errores cometidos y le arrojaba baldones infamantes en lugar de elogios al soldado ensangrentado en el combate.

En otro lugar de su relación el doctor Porras acusa al general Herrera de pretender "dislocar el plan de ataque a la ciudad, que era un pacto; violarlo, desacreditarlo, hundirlo, impedir que se cumpliera."⁴²

En fin, sería largo mostrar cómo el que fue más tarde un gran presidente de Panamá, en sus momentos de ofuscación perdía el sentido de la medida, del equilibrio y del recto juicio, pues el general Herrera no era en verdad merecedor de tantos denuosos; más bien de reconocimientos por su efectiva colaboración, no obstante las graves desavenencias que habían enturbiado las relaciones entre uno y otro, a causa del agresivo y humillante tratamiento que el doctor Porras le dispensaba.

El tremendo desconcierto que se produjo, y dio al traste con los planes revolucionarios, nació de esa profunda discordancia. La batalla del Puente de

Calidonia pudo evitarse en buena hora si un recto entendimiento entre ambos hombres hubiese dispuesto las cosas con más orden y armonía de pareceres. Un hado fatal se interpuso, infortunadamente, para dislocarlo todo y provocar la desgracia, el duelo y las lágrimas.

Amaneció, dice Porras, el funesto 24 de julio (de 1900). Se dirigieron a la playa para ver y oír lo que pasaba. A medida que avanzaba el día comenzaron a oírse los cañonazos y descargas cerradas. Había comenzado la batalla, y ya el fuego no cesó. El viento alejaba unas veces las detonaciones y otras las volvía a traer "secas", claras y distintas.

"En un momento de despecho me había quedado en Farfán, significando así mi reprobación, mi protesta acerca de los autores de tan forzada y tremenda desgracia; pero ahora, cuando a la rabia impotente sucedía el dolor, ahora debíamos ir al campamento los que allí estábamos a ver si podíamos servir de algo, a dar también la vida o a prestar un nombre, como quien da una mortaja o una capa para encubrir la vergüenza de la irreparable desventura, fruto de obcecados errores."

A las diez de la noche se embarcaron los pocos que ya quedaban: unos cuarenta poco más o menos; salieron del estero con la marea creciente y pusieron proa hacia Panamá Viejo, en la parte llamada Boca la Caja. Llegaron a las cinco y media de la mañana y saltaron a la costa.

"Cuando me hallé en tierra y vi a esos hombres descalzos, con el pantalón arremangado hasta la rodilla, cubiertas las piernas de lodo, el rostro pálido y la mirada triste, fue cuando me cercioré de lo que pasaba. Me roderon en silencio, y uno de ellos, José Antonio Granados, me dijo con voz ahogada, sacudida por el llanto:

"Todo ha acabado, doctor... Tenemos como quinientas bajas... Han muerto Aguero, Temístocles Díaz, Joaquín Arosemena, Juan Antonio Mendoza, Fabio Tejada, Eugenio Porras.... Nos queda poca gente..."⁴³

Las tropas liberales lucharon en condiciones sobre manera desventajosas, en tanto que las conservadoras, que se habían preparado para la lucha, disponían de trincheras recién construidas sobre zanjas protegidas con rieles de acero y durmientes; en el puente tenían, además, alambres y planchas de hierro que cerraban la entrada de la ciudad..."

Todo este largo relato está destinado a formular inculpaciones contra Emiliano Herrera, a reprocharle su incapacidad para disponer a las tropas en las

mejores condiciones de lucha, arrojándoles, no en pelotones, sino en masa, sin ningún ataque preparatorio de la artillería, en tanto que peleaban contra un enemigo atrincherado, que gozaba de notables ventajas. La matanza fue horrible; y para colmo de males, el general Campo Serrano llegaba a Colón al mando de 1250 hombres traídos de Cartagena; y se anunciaba el próximo arribo de la Boyacá, con 150 adicionales. La revelación fue horrible, comenta el doctor Porras.⁴⁴

Ante aquella pavorosa situación, no hubo otro remedio que capitular. Mendoza aceptó el sacrificio, con las credenciales que el general Herrera le suministró, de firmar la rendición en los términos propuestos por Albán.

Las tropas traídas por el general Campo Serrano estaban apostadas en la línea del ferrocarril, cerrando el paso para Corozal. "Y así, idos ya Paulo Emilio Morales, Chaux, Ramírez, Toledo y Herrera, con todos los que quisieron irse,... a la vista de aquellas tropas o al alcance de sus proyectiles, se firmó el arreglo por Mendoza, a nombre del general Emiliano Herrera, y fue aprobado por mí."

"Poco a poco me fui quedando solo en Perry's Hill. El primero que se alejó de mí fue Mendoza, cuyo hermano acababan de alzar del campo de batalla... No fue nunca ese amigo hombre de sensiblerías, pero esa vez no pudo más: ¡ tan quebrantada tenía el alma !

Amigos en la adversidad —me dijo estrechándome en sus brazos— amigos de siempre." ⁴⁵

Los protagonistas de la guerra, tras el desastre del Puente de Calidonia

Porras consiguió de inmediato viajar a Centroamérica. Carlos A. Mendoza y Eusebio A. Morales tuvieron la mala suerte de quedarse en Panamá por la imposibilidad de salir a otra parte y sufrieron, en consecuencia, que se concentrara en ellos el odio y la persecución de los adversarios, que con motivo de la guerra habían perdido sus bienes o se encontraban rencorosos por los perjuicios experimentados; o temían que intentaran promover nuevos disturbios.

En situación tan desfavorable se les tomó presos en agosto de 1900, pues el general Albán no prestó atención a sus reclamos y les trató con el mayor desdén. Pero una circunstancia providencial vino a salvarles. El general los llamó a su despacho en fecha posterior para hacerles saber que habiendo pedido a don

Rodolfo Chiari, que los tenía en depósito, los libros y papeles de la revolución, después de leerlos con cuidado se formó una magnífica opinión de quienes la habían dirigido:

"Ustedes —les dijo— han hecho una revolución con guante blanco y con una honradez que me complazco en proclamar con orgullo, porque todos somos hermanos en el país, todos somos colombianos. Yo me consideraría como un hombre injusto y muy poco noble si después de haber adquirido esta convicción les dejara a ustedes presos un solo día más. Y al doctor Porras, díganle que por los documentos que he leído, he podido apreciar su carácter; que se venga a su país, pues acá encontrará de mi parte respeto, estimación y absolutas garantías, a más de posibilidades inesperadas, porque yo tampoco soy sostenedor de los gobiernos corrompidos que hemos tenido y soportado. Yo también he sido opositorista y podría hasta ser revolucionario a mi modo contra el desorden y el desgreño que hemos estado viendo en Colombia. Me alegro de haber encontrado hombres como el doctor Porras y ustedes. Quedan en libertad sin fianzas y sin condiciones de ningún género."

El testimonio anterior procede del propio Eusebio A. Morales; fue escrito en mayo de 1922 y está impreso, como epílogo, en las *Memorias de las campañas del Istmo*, de Belisario Porras (1922). Morales, visiblemente agradecido por la nobleza de alma del general Albán, dice en el párrafo final de su escrito:

"Es justo y es necesario que un rasgo semejante del adversario más noble e inteligente que tuvimos los liberales en las campañas del Istmo, quede consignado en este libro."

Las nuevas andanzas de Porras en Centroamérica

A pesar de los descalabros sufridos, el doctor Porras no desistió de sus propósitos revolucionarios, y obtuvo un pasaporte para embarcar hacia Nicaragua, donde esperaba defenderse contra los cargos que se le formulaban por la pérdida de la revolución en el Istmo. Quería, además, obtener nueva ayuda para organizar otra invasión. Todo le faltaba en este caso, a no ser el coraje para persistir en su empeño: no contaba con recursos ni con protectores, pues José Santos Zelaya, hondamente disgustado por el fracaso de la campaña y enterado de los incidentes entre el general Emiliano Herrera y Porras, rehusaba de modo

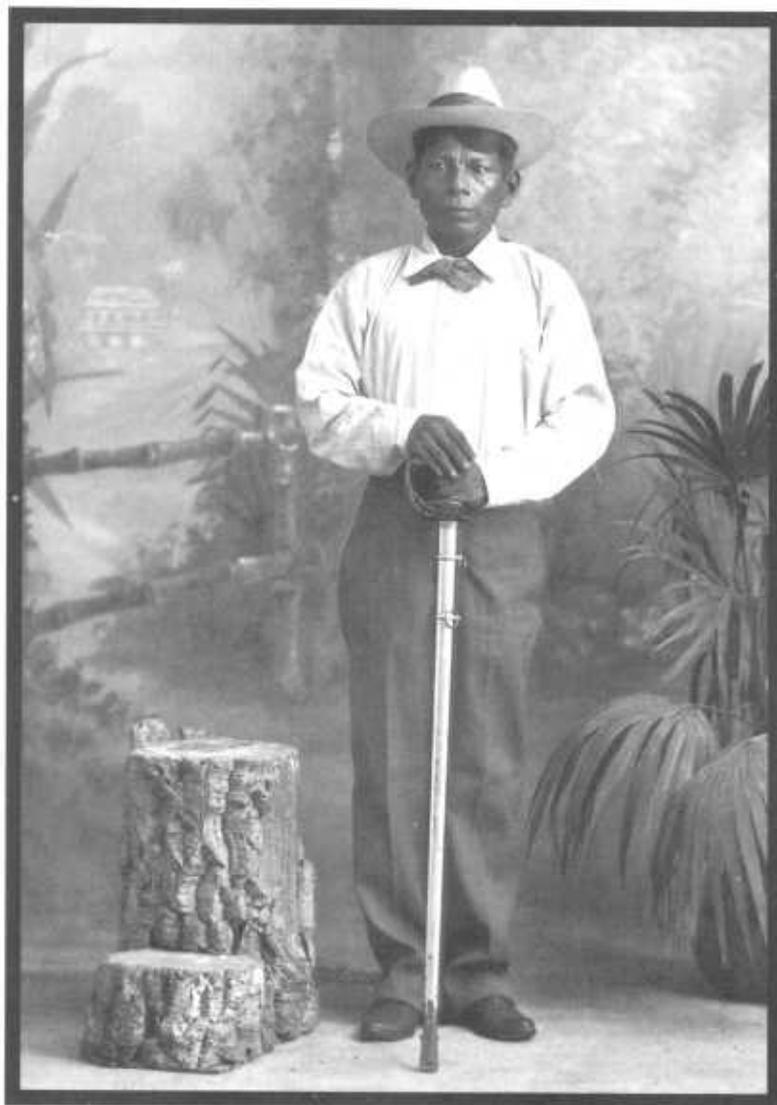
terminante oír nada en relación con nuevos intentos bélicos encabezados por el político panameño, a quien negó la audiencia que solicitaba insistentemente.

Los reveses sufridos le convencieron de que nada podría conseguir en Nicaragua, agravado con la noticia de que el general Albán intentaba invadir el país para cobrar a Zelaya el apoyo prestado a Porras contra la estabilidad del gobierno colombiano en el Istmo de Panamá. Zelaya temía, en verdad, las amenazas de Albán; pero aprovechó la oportunidad para pedirle al doctor Porras, por conducto de su edecán, que abandonara en el término de 48 horas el territorio de Nicaragua. Así esperaba poner fin a sus actividades revolucionarias. Tampoco consentía en dejar entrar al general Emiliano Herrera, pero accedió al fin, con el compromiso, por parte de éste, de llegar a Rivas únicamente para visitar a su esposa. Tras de esa visita, que habría de ser breve, se le ordenaba salir de Nicaragua. El doctor Porras, con el carácter de proscrito, se refugió en Costa Rica.⁴⁶

Porras y Victoriano Lorenzo

Con los vientos adversos que le perseguían, no fue ya posible para Porras proseguir sus gestiones en busca de ayuda, emprendidas en Nicaragua. Por ello decidió cambiar de rumbo, y pensó en obtener la cooperación del indio Victoriano Lorenzo, su amigo, quien se batía victoriosamente en las provincias centrales de Panamá, hostigando de continuo a las huestes gobiernistas. Ostentaba ya el grado de general, y aunque le tildaban de bandolero, por la ferocidad de sus acometidas, realizaba una campaña de rencorosa venganza en defensa de su raza, vilipendiada y escarnecida, a la cual se le negaban toda clase de derechos, persiguiéndola —se decía— por ignorante, malévol y salvaje. Su manera de actuar no era la del enfrentamiento directo, sino a mansalva, mediante la táctica de guerrillas, en las que Victoriano llegó a ser consumado maestro. Atacando por sorpresa y desapareciendo luego, entre la tupida maraña de la selva y la montaña, por sendas abruptas, muy conocidas por los indios, nadie podía darles caza.

"Armó, con tal motivo, de machetes y escopetas, a centenares de aborígenes de su extensa comarca, que reclamaban sus derechos conculcados por el gamonalismo feudal. Con dicho sistema el general Lorenzo se hacía invencible, como impenetrable el territorio donde ejercía su autoridad de gobernador de las indíadas de la Trinidad, La Churuquita, Cacao, La Pintada, Sorá, pues cuanto



© Derechos reservados: R. López-Arias

Victoriano Lorenzo

batallón enemigo se acercaba por aquellos lugares, no obstante la superioridad de sus armas, de perseguidores resultaban perseguidos y diezmados." ⁴⁷

Armados al principio de escopetas y machetes, mejoraron considerablemente su equipo como resultado del siguiente episodio histórico. Cuando todavía al general José Santos Zelaya favorecía los propósitos de la revolución en el Istmo, pues estaba informado de los triunfos obtenidos con la toma de David y el combate de La Negrita, arribó a San Carlos, en junio de 1900, la nave *Momotombo*, en la que viajaban Eusebio A. Morales, Guillermo Andreve y el general guatemalteco Salvador Toledo, ex ministro de Guerra del presidente Estrada Cabrera, quien traía el empeño de participar en la campaña que los revolucionarios realizaban en Panamá.

La nave mencionada conducía un armamento que constaba de 600 rifles, un cañón de 100.000 tiros que el doctor Morales, personaje de la revolución, había conseguido mediante sus gestiones ante el presidente Zelaya. Tal cargamento era sin duda una valiosa ayuda y fue desembarcado en San Carlos, desde donde se le trasladó a Chorrera con el pensamiento de utilizarlo en el ataque a la ciudad de Panamá. La persona a quien se comisionó para este delicado encargo fue a Victoriano Lorenzo, con el auxilio de 300 indios. Pero cuando llegaron a Chorrera y se enteraron del desastroso fin de las tropas insurgentes, ocurrido en el Puente de Calidonia, los indios regresaron a sus montañas llevando consigo el valioso cargamento de armas, pues nadie ya estaba en condiciones de reclamarlo entre los jefes revolucionarios.

Con este inesperado material de guerra, que los indios trasladaron a sus montañas sin el menor contratiempo, pues caminaban por senderos escondidos que sólo ellos conocían, Victoriano Lorenzo y los suyos disponían de armas que sustituyeron con ventaja a los machetes y escopetas antes empleados; y ahora sí estaban en capacidad de acabar con cuantos soldados enemigos trataban de perseguirlos, haciéndose así temibles e inexpugnables.

Porras, en campaña con Victoriano Lorenzo

En los comienzos de octubre de 1900 Porras, hospedado en una pensión de San José de Costa Rica, no cejaba en sus planes de volver a Panamá en plan revolucionario, y buscaba afanosamente aliados y recursos; con tal fin escribió al coronel Quintero, invitándole a secundarle; y aunque éste, aleccionado por los

ingratos recuerdos de la campaña anterior, pensaba más bien en retirarse, dedicándose a los negocios privados, al fin consintió en unírsele en la quimérica aventura; y de igual modo llegaron a San José el doctor Carlos A. Mendoza y el coronel Manuel Antonio Noriega.

Un buen día Noriega recibió un mensaje en que se le invitaba a firmar una petición dirigida al general Domingo Díaz, quien se encontraba en Managua gestionando un armamento para la campaña revolucionaria que había emprendido desde Chepo, proclamándose jefe civil y militar del Istmo.

Tal petición consistía en que renunciara en favor del doctor Porras la jefatura que se había asignado. Noriega se negó a firmar esa indicada solicitud, basada en el desconocimiento, por parte del doctor Porras, de los méritos militares del general Domingo Díaz.

Sabedor el gobierno de Colombia de la maniobra que se estaba incubando en Costa Rica, consiguió que el gobierno de este país llamase a los revolucionarios panameños para darles la ciudad por cárcel, prohibiéndoles salir de ella. Esta orden fue respetada mientras ellos indagaban cuál podía ser el lugar más accesible de Panamá desde el cual pudiesen ponerse en contacto con Victoriano Lorenzo. Una vez averiguado, se dirigieron furtivamente, cada cual por su lado, al puerto de Matina, cercano al de Limón, con el fin de no ser sorprendidos en la fuga. Como Porras sabía que Noriega no secundaba su plan, buscó un pretexto para alejarle mientras, con los otros conjurados, se embarcó en Matina con rumbo a la desembocadura del río Coclé del Norte, desde donde esperaba, navegando río arriba, encontrarse con Victoriano Lorenzo.

Al cabo de ocho días y tropezando con un mar proceloso, lograron llegar Porras, Mendoza y su comitiva hasta el punto en que les esperaban los indios comisionados por Lorenzo para que los condujeran. Su campamento militar estaba situado en Chiriguita Grande. Acompañados del jefe indígena se encaminaron después a Penonomé, donde Lorenzo tenía acampado su ejército. Esto ocurría a principios de enero de 1902.

Enterados de que las fuerzas del gobierno marchaban hacia Penonomé, Victoriano dispuso, para evitar un encuentro con ellas, retirarse hacia el lugar montañoso llamado La Negrita, antiguo cuartel de las guerrillas, desde el cual y a causa de su altura, le era dado observar bien el movimiento de las tropas enemigas.⁴⁸

El general Benjamín Herrera, director general del ejército del Cauca y Panamá

El general Gabriel Vargas Santos, director supremo de la guerra, jefe del liberalismo y presidente provisional de Colombia, designó al general Benjamín Herrera con el carácter de director de la guerra en el Cauca y Panamá, mediante decreto fechado en Riohacha, el 25 de diciembre de 1900.

Durante meses estuvo ocupado en reunir elementos bélicos con qué sostener la lucha, y cuando ya estuvo preparado, dispuso la salida desde Tumaco a Panamá el 10 de diciembre de 1901 con 1500 hombres veteranos a bordo de varios buques: el Almirante Padilla, El Cauca y El Panamá.

Llegados al puerto de Tonosí, Herrera envió al general Bustamante con un destacamento de 150 hombres bien equipados. Después de un intenso cambio de fuego con la guarnición allí apostada, que se batió con extraordinaria bravura, al fin fue dominada, tras varias horas de combate.

Las noticias obtenidas enteraron al general Herrera de la existencia de un cuerpo de fuerzas liberales comandadas por Belisario Porras, que estaban cercadas en un sitio llamado La Negrita por tropas gobiernistas al mando del general Francisco de Paula Castro, quien en breve las haría capitular. La Negrita estaba situada en un punto equidistante entre Aguadulce y Antón, sin que hubiese guarnición oficial de importancia entre Panamá y aquel lugar.

Actuaba como jefe de Estado Mayor del general Benjamín Herrera, el general Lucas Caballero de cuyo relato se extraen estos datos.⁴⁹

Después de la toma de Tonosí, el jefe de la fuerza expedicionaria declaró que "al hacer la guerra en el Istmo lo animaba únicamente el deseo de ofrecerle a Colombia una paz que consultara iguales derechos y garantías para los partidos y los hombres; deseaba sólo ver restaurada la democracia en la plenitud de sus principios tutelares, aun cuando para ello se derramara la sangre, como había dicho Bolívar..."

"Deseo poner fin a la guerra mediante un tratado que coloque a ambos partidos en pie de igualdad y a los ciudadanos en el goce de las garantías necesarias. En cualquier momento que esto se se logre, estará la guerra concluida."⁵⁰

Para lograr la incorporación de las tropas que comandaba el doctor Porras junto con Victoriano Lorenzo, el general Herrera remitió un mensaje al primero,

invitándole para tal fin, a lo cual accedió porque notaba que su nombre no promovía ya entre los panameños las adhesiones de antes y temía que no tuviese buen éxito la campaña emprendida.⁵¹

Su grupo revolucionario, informado acerca del movimiento de las tropas gobiernistas hacia Aguadulce, donde estaban construyendo fortificaciones, sospechó que algo extraordinario se estaba tramando y decidió, a su vez, salir de su refugio de La Negrita y ubicarse en Penonomé, donde el general Lorenzo estaba acuartelado con su tropa.

El coronel Quintero y su expedición a Chiriquí

El general Herrera permanecía aún con sus fuerzas a bordo de sus naves, en las que suministró asilo a Porras, Mendoza y sus acompañantes, y organizó las fuerzas de modo que se extendiesen desde Antón y Chame hasta la línea férrea de Colón a Panamá, con el fin de que, mediante el servicio de vigilancia que también dispuso, estuviesen al tanto de la marcha de las tropas gubernamentales. Al servicio del Estado Mayor, en el mar, quedaron los buques Almirante Padilla y el Cauca.⁵²

Un buen día se informó al coronel Quintero del proyecto de enviar una expedición armada a Chiriquí, y se le dijo, además, que se habló de su nombre para encabezarla. La provincia tenía importancia estratégica, y convenía que estuviese en manos revolucionarias.

Como Quintero estaba pendiente del proyecto, por interesarle mucho, decidió, pasados tres días, presentarse ante el general Herrera, quien escuchó con simpatía el plan que el militar chiricano le propuso, y lo halló muy bien pensado y le prometió dar instrucciones al Estado Mayor para ponerlo en marcha. El generalísimo había postergado el proyecto porque un enemigo incógnito de Quintero había impugnado su candidatura, tachándolo de incompetente.

Al ser escogido, no obstante, para dirigir la expedición, le satisfizo mucho, y quería comprobar que la impugnación no tenía fundamento. No se le suministró el armamento que necesitaba, porque se temió que cayera en manos enemigas, según apuntaba el impugnador del coronel chiricano. Tampoco se le concedió el escuadrón ni el cuadro de oficiales prometido, por igual razón.

Pobremente asesorado y pertrechado, el coronel Quintero iba a acometer una empresa de mucho riesgo, pero no se amilanó, aunque el Gobierno de la

provincia, por su parte, se encontraba adecuadamente preparado. Con bastante ironía el doctor Porras, al despedirle le dijo: "Adiós Manuel... Vas a triunfar... Te ascenderán a general..."

Fueron muchas las vicisitudes que se le presentaron para organizar la expedición. Pero le acompañaba una extraordinaria fuerza de voluntad, el saber que las gentes amigas de su provincia le ayudarían, y tenía en su mente una sola consigna: triunfar. Sus pasos eran seguidos por los gobiernistas que se habían enterado del plan y hasta del lugar por donde Quintero pensaba desembarcar. Por ello prefirió dar la vuelta a la Punta Burica para remontar el río Coto, de difícil navegación. Por fortuna se le sumaron voluntarios, uno de ellos conocedor del río, que sirvió de práctico para guiar el buque.

En Coto le esperaban más de doscientos partidarios, y muchos más en Divalá, en donde logró formar varios batallones con las gentes que se le sumaron para combatir a su lado. No disponiendo de armamento, envió una carta al general Herrera, informándole de los preparativos logrados y solicitándole los elementos bélicos necesarios.

Convencido ya el general de la capacidad de Quintero, decidió apoyarlo resueltamente, enviándole cuanto necesitaba: un cuadro de oficiales veteranos, junto con el nombramiento de jefe de Estado Mayor del Ejército Expedicionario y prefecto de la provincia de Chiriquí.

El gobierno, a su vez, se aprestó para la lucha, y envió al puerto de Pedregal la fragata Boyacá, con los refuerzos solicitados por el prefecto de la Lastra.

El combate final tuvo lugar en el Llano de San Pablo, pero hubo escaramuzas y ataques simulados que intentaban desviar las fuerzas enemigas, ordenados por el coronel Quintero, todo lo cual redundó en ventajas para sus tropas que aunque sufrieron bajas, consiguieron la victoria y el dominio de la provincia. Consolidó así su pericia militar, contra los vaticinios pesimistas que le habían arrojado para desprestigiarlo.

El prefecto de la Lastra, una vez consumado el desastre, huyó, tomando el camino del Caldera, que debía conducirlo a Bocas del Toro, mientras las fuerzas atacantes llegaban a David, donde no hallaron oponentes, pues habían desaparecido. Los revolucionarios entraron en la ciudad, aclamados con delirante entusiasmo por las gentes que ocupaban las aceras.

Con el triunfo obtenido en David, que echaba por tierra la difamación de

que había sido objeto, el coronel Quintero consiguió que el general Benjamín Herrera, que tenía un alto sentido de la justicia, le cobrase una gran estimación, en tanto que, comprendiendo con cuánta saña se le había atacado, rebajó mucho la opinión que le merecía su impugnador. El general Lucas Caballero, lugarteniente del director de la Guerra del Cauca y Panamá, recibió instrucciones para comunicar al Ejército los siguientes ascensos: al coronel Manuel Quintero Villarreal, el de general de brigada, y al coronel Ramón Bucndía, la misma distinción.

Primera batalla de Aguadulce

El general Benjamín Herrera, mientras Quintero realizaba su memorable hazaña en Chiriquí, había movilizado sus tropas, desocupó su escuadra y encaminó su ejército hacia Chame, donde estableció su cuartel general, disponiéndose a esperar al general Francisco de Paula Castro, que mandaba las tropas gobiernistas.

Pero cambió de idea al saber que éstas se encontraban acantonadas en una extensión de tres kilómetros, desde Pocrí de Aguadulce hasta el Cerro Vigía. El 15 de febrero de 1902 se puso en marcha hacia Antón, y pasando por Natá de los Caballeros, situó sus fuerzas muy cerca de la línea enemiga. Propuso a su contrincante que se rindiera mediante un acuerdo decoroso, pero fue desatendido arrogantemente.

Picado en su orgullo militar, Herrera desiste de todo intento conciliador y se lanza con intrepidez al combate, que comienza en la mañana del día 23, con participación de todas las armas, desde los fusiles, hasta las ametralladoras y los cañones. Se mantiene de modo constante durante todo el día, hasta que los emisarios del general Castro a la hora del crepúsculo, portan la bandera blanca en señal de rendición.

Castro aparentemente salió de las trincheras con su Estado Mayor, varios coroneles y parte del ejército, con el pretexto de efectuar un movimiento envolvente; pero esto no era verdad, puesto que cuando se vio libre del fuego enemigo, huyó con otros prófugos, por el camino de tierra, rumbo a Bocas del Toro.

"Conocida por el generalísimo la actividad cobarde y desleal del general Castro y del ardid de que se había valido para dejar al comandante Ruiz esperando

el ansiado movimiento envolvente, ordena al general Victoriano Lorenzo perseguirle a sabiendas de que, entre los oficiales de su ejército, era el único capaz, por su habilidad de guerrillero, de darle caza a su arrogante contendor, si lograba alcanzarlo." ⁵³

Los términos de la capitulación los firmó el comandante José Segundo Ruiz ya que el general Castro, eludiendo responsabilidades, según se deja expuesto, les había abandonado, para salvar la vida, comprometiendo gravemente su honor militar.

Muerte del general Albán

Mediante la intervención de Lucas Caballero, quien era amigo del general Albán, se había logrado un canje de prisioneros conservadores que estaban en manos de las tropas liberales, por otros pertenecientes a este partido que custodiaban las huestes del gobierno. El 17 de enero de 1902 llegaron a las toldas revolucionarias los prisioneros liberales obtenidos en canje, y ellos informaron que el general Albán se había apoderado, para reforzar su flotilla, del buque chileno llamado Lautaro y procedió a artillarlo, con protesta de su capitán y de la tripulación. El buque estaba anclado en la Bahía de Panamá, en medio del crucero norteamericano Philadelphia y de una nave mercante chilena.

En el parte que Lucas Caballero, primer ayudante y secretario general, envió al general Benjamín Herrera para informarle del combate naval, en el que participaron el crucero Almirante Padilla y el cañonero Panamá, de las fuerzas insurgentes, con el fin de acabar con el Lautaro, se dice:

"Dicho vapor, después de nutrido fuego, sostenido por fuertes de Panamá como de Chiriquí y del vapor Chucuito, lo hemos visto consumirse, presa de voraz incendio. Hundido el Lautaro, y siendo blanco nuestros buques de los fuegos de artillería de tierra y del Chucuito, que hizo del crucero americano Philadelphia su trinchera natural, nos retiramos siguiendo las instrucciones que disteis acerca de no disparar ni sobre la ciudad, ni sobre los neutrales." ⁵⁴

El general Víctor M. Salazar, por su parte, dice en sus *Memorias de la guerra*, que en cuanto avistaron el buque extraño que se acercaba y siendo como las seis y media de la mañana, sintieron un choque bajo la línea de flotación, y enseguida la nube de humo que cubría la proa del buque entrante.

"¡ El Padilla ! murmuró alguien, en el momento en que una granada, sin

duda enviada al grupo que formábamos, penetraba por el escotillón y hería a tres individuos.

El general Albán, sin decir palabra, pasó por popa, dio una vuelta al vapor para llamar a los artilleros que todavía dormían y fue a aparecer en la proa, junto al cañón de babor.

Un instante después... una granada lo despedazaba, dejándolo instantáneamente muerto, destrozándole parte del pecho, todo el abdomen y el fémur de la pierna izquierda." ⁵⁵

La muerte del general Albán provocó un enorme desconcierto, tanto por las circunstancias trágicas en que se produjo, cuanto por las repercusiones inmediatas que trajo consigo, al privar al gobierno colombiano de un conductor hábil e inteligente, a quien no era fácil reemplazar en aquel trance difícil. Las fuerzas de la oposición, a pesar del desastre del Puente de Calidonia, se habían recuperado visiblemente, gracias a la experta dirección del general Herrera, quien encaminaba la guerra hacia su fin, según la promesa que había formulado al encargarse del mando.

Conspiración de Porras contra Herrera

El ejército liberal, al mando del general Benjamín Herrera, entró a David el 12 de marzo. No estaban presentes Belisario Porras y Carlos A. Mendoza, cuyas desavenencias con el jefe de la guerra determinaron que viajaran por tierra, en el largo trayecto de Aguadulce a David, en lugar de hacerlo en el buque Almirante Padilla, que servía de transporte a la expedición. No llegaron a David sino a fines de marzo.

En el barco en cuestión sí vino embarcado, en cambio, el mayor Armando Terán Pomar, quien hizo una visita al coronel Quintero, para decirle, de parte de los doctores Porras y Mendoza, que contaban con él para deponer al general Herrera del cargo de director general de la guerra, "lo que cumplía en comunicarle para que fuera pensando lo que iba a resolver sobre este delicado asunto." ⁵⁶

El decreto de ascenso en favor de los coroneles Quintero y Buendía no estaba dictado cuando Porras y sus compañeros llegaron, el 27 de marzo, a David, en el ejército que mandaba el general Victoriano Lorenzo. Porras, empeñado en su plan subversivo, visitó a Quintero con el fin de enterarlo personalmente, a lo cual respondió el militar chiricano:

"Yo no me presto para semejante acción. Hay que tener en cuenta que acabaríamos con el único ejército panameño, porque los 2.500 hombres agueridos que componen las fuerzas expedicionarias, entrarían en lucha inmediatamente en defensa de sus jefes, hasta morir por ellos. Nuestras tropas de 1.500 hombres solamente, con poca experiencia militar, no resistirían el empuje de las caucanas y perderíamos la acción, a la vez que caeríamos en el ridículo. La revolución del Istmo terminaría aquí con este movimiento. Además, soy de opinión, y de ello estoy convencido, de que el general Herrera es insustituible en la dirección de la campaña." ⁵⁷

Convencido Porras del rechazo de su plan de promover el enfrentamiento de las tropas panameñas a las caucanas y lo que llevaría a la segura derrota de las primeras ante la pujanza y experiencia militar de las segundas, enderezó la subversión por otro camino, que consistía en que los jefes y oficiales del ejército desconocieran la autoridad del general Herrera como director de la guerra, de modo que él pudiera sucederle.

Sabía ya Porras que no merecía la confianza del general, y le presentó renuncia del cargo que se había dado, de jefe civil y militar, seguida de la que presentó Carlos A. Mendoza el 24 de febrero de 1902 como secretario general ⁵⁸, secundándole.

El general nombró en su reemplazo al coronel Quintero, por quien tenía una particular deferencia, pues junto con el general Lorenzo le había prestado una efectiva y leal cooperación. Para tener de cerca al doctor Porras y observar sus manejos, que le permitirían comprobar las sospechas que abrigaba, le nombró secretario general de la dirección de la guerra.

Comienza luego un forcejeo de Carlos A. Mendoza, Francisco Filós y Aníbal Ríos, en el sentido de convencer a Manuel Quintero de que renuncie del cargo, pensando que de tal manera Porras volvería a ocuparlo. Quintero, para complacerles, se dirigió al doctor Lucas Caballero, jefe del Estado Mayor del Ejército, quien le replicó:

"En cuanto a la designación recaída en usted, por orden del generalísimo, para jefe civil y militar de las secciones del Istmo ocupadas por la revolución, no se puede revocar, y su deber es tomar posesión del destino inmediatamente, porque no se nombrará a otro en su lugar y menos a quien lo ocupaba." ⁵⁹

En cumplimiento de la decisión, Manuel Quintero se posesionó del car-

go para el cual había sido designado, y comenzó a actuar, dirigiendo el 30 de marzo una proclama a sus compatriotas.

Por su parte Porras no podía llevar adelante, con desembarazo, bajo la mirada vigilante de Benjamín Herrera, el desarrollo de la trama subversiva, de la cual, sin embargo, se enteró, aunque imperfectamente, el general Herrera, quien procedió a destituirlo.

El buque Almirante Padilla se disponía a salir de David con rumbo a Corinto, con fines de negocios, y viajaría en el mismo el comerciante davideño Salvador Jurado, quien llevaba consigo una carta del doctor Porras para el general Vargas Santos, quien desempeñaba en Nueva York el cargo de jefe supremo del liberalismo colombiano. La carta sería entregada a los hermanos Padilla, agentes en Nicaragua de la revolución, para hacerla llegar a su destino. Enterado el generalísimo de esta comisión, dispuso ir a Pedregal, el puerto de embarque, en compañía del coronel Quintero, a quien le hizo saber que el comandante de la escuadra, general José Antonio Ramírez Uribe, estaba comprometido en la subversión, y había decidido reducirlo a prisión, de igual modo que el coronel Payán. Le habló del complot a Quintero, a quien no creía informado del plan subversivo. Este no le confesó el secreto, que conocía y había rechazado antes, del cual no había hablado al general Herrera, según dijo después, porque la vida de Porras peligraba, y no quería precipitar su posible fusilamiento, dado el vínculo de amistad que les unía.

El generalísimo ordenó al comandante Ramírez Uribe acompañarle al camarín del barco, en donde, en presencia de Quintero le interrogó sobre su participación en la conjura. No pudo negar el interrogado el compromiso contraído con Porras, su complicidad en lo que se tramaba. Con voz firme y decidida le ordenó hacerle entrega de la espada y revólver, y no opuso ningún reparo.

Después y ya en tierra, simulando un abrazo a Salvador Jurado, le sustrajo la carta que llevaba en el bolsillo interior de la casaca, diciéndole: "Con esta carta me quedo yo."

Estas incidencias ocurrían cuando Porras, con su amigo Mendoza, no había regresado de Pocrí de Aguadulce, donde se hallaba cumpliendo una comisión que el general Herrera les había encomendado. Cuando llegó, a fines de junio, fue llamado a su presencia para interrogarle. Sobre su mesa escritorio había un revólver y un puñal. Después de un breve cambio de palabras, le presentó

la carta dirigida al general Vargas Santos, conminándole a leerla. Porras le responde que no es necesario, pues conoce su contenido. Ante esta actitud, y lleno de ira, le increpa con indignación:

"Usted no sólo me desacredita a mí con esta carta, sino que acaba con el prestigio de la revolución en el exterior. ¡ Usted es un miserable ! ¡ Traidor ! Escoja una de esas armas y atáqueme (indicando el revólver y el puñal)."

Porras se quedó perplejo, mientras crecía la ira de Herrera, quien cada vez más violento y agresivo, le arrojó un pisapapel de cristal a la cara que le rompió los anteojos y le hizo caer al piso, a causa del golpe. Herrera, con furia incontenible, se le fue encima, con ánimo de estrangularlo.

Acudieron prontamente varios generales que desde un local contiguo presenciaban el incidente, e impidieron que aquel hombre iracundo acabara con Porras, quien no procuraba defenderse. La herida le sangraba mucho. Bajó la escalera con orden de arresto, y fue confinado en una cárcel, después de la primera curación.⁶⁰

Más tarde el general Herrera se trasladó a las provincias centrales. Porras y su compañero de infortunio, Ramírez Uribe, desembarcaron en Puerto Mutis (Veraguas), custodiados por cuatro soldados que tenían el encargo de conducirles a una cárcel situada en las afueras de Santiago. Personas amigas le llevaban las comidas al cuartel. Tres días después Porras logró burlar la vigilancia de sus custodios, ayudado por su amigo José María Goytía, quien le preparó una cabalgadura y un guía que le condujera a la Costa Atlántica, desde donde embarcaría hacia Costa Rica.

El sitio de Aguadulce

Dice Lucas Caballero en sus *Memorias de la guerra*, haciendo un cumplido elogio de aquella jornada, que pasa por ser un admirable ejemplo de pericia y sabiduría en la estrategia militar:

"El sitio de Aguadulce fue en la guerra, sin disputa, la operación militar mejor planeada y más fructuosa respecto de los objetivos tácticos perseguidos. El parte detallado de ello, escrito y publicado en el campo en que se desarrolló el combate, da cuenta de las disposiciones del general Herrera, que fueron de eficacia maravillosa. Se trataba de atacar y reducir a un ejército compuesto de las mejores tropas del gobierno: de batallones de línea decantados en tres años de

lucha incesante y naturalmente llenos de orgullo y de preseas militares, atrincherado con obras ceñidas al arte más moderno; provisto abundantemente de toda clase de materiales de guerra y constante de un personal cercano a cinco mil hombres".⁶¹

"En toda la historia militar de América —prosigue Lucas Caballero más adelante⁶²— no se había registrado un éxito tan sorprendente. Fue por ello que el almirante americano Silas Cassey, jefe de los acorazados que resguardaban a Panamá y que vigilaba muy de cerca nuestra guerra, en sus comunicaciones de ese entonces a su gobierno, que fueron publicadas en 1903 en el Congressional Record de Washington, decía que Herrera se había exhibido como uno de los grandes estrategas de nuestro continente."

Esta vez dispuso del tiempo necesario para desplegar su talento militar en tal forma que cuando llegó la hora de comenzar la batalla sus tropas tenían cavadas trincheras protectoras, ocupaban posiciones estudiadas de antemano con perfecto cálculo; se disponía de un material de guerra superabundante y de un plan de ataque cuidadosamente trazado en todos sus detalles.

En la primera batalla de Aguadulce hubo que resolver problemas resultantes de la posición del ejército revolucionario entre dos del gobierno, de tal modo que si llegaba, como se preveía, un crucero de guerra, que habría de conectar los dos ejércitos enemigos, podía producirse una operación envolvente de graves consecuencias. Se obtuvo, sin embargo, gracias a la pericia del general Herrera, en febrero de 1902, un triunfo aplastante.

En el segundo combate de Aguadulce (agosto de 1902) las órdenes impartidas permitieron que todo se realizara con un extraordinario sentido de la disciplina, de suerte que no hubiese marchas precipitadas ni temerarias.

"El problema militar está en hacer el mayor daño en el enemigo con el menor perjuicio propio, lo que implica, como factor principal, la economía de vidas y el buen uso del valor, que no se opone a precauciones naturales para hacer más útil el impulso de la defensa."⁶³

Se estableció que ningún jefe de cuerpo ni la oficialidad podían pelear a caballo; que sólo los jefes de división, los de estado mayor y los jefes superiores podían hacerlo; que los grados y ascensos después del combate corresponderían a méritos efectivos; se encareció a todos los jefes no solicitar ascensos de subalternos sin el comprobante de acciones realizadas que los justificasen. En

otra providencia se disponía la degradación por graves faltas cometidas, contrarias a la conducta pundonorosa que debe distinguir al militar verdadero.

La relación pormenorizada de todos los preparativos, órdenes de movilización, posiciones ocupadas por los distintos cuerpos de ejército, desarrollo de las operaciones militares, que duraron hasta el 27 de agosto, cuando se produjo la capitulación, todo este cúmulo de datos está contenido en el largo capítulo que Lucas Caballero consagra, por su extraordinaria importancia, a esa brillante acción militar.⁶⁴

"El recinto encerrado por las trincheras enemigas es de 1.500 metros de longitud por 80 de latitud, dentro del cual queda comprendida la población y sus alrededores. Nuestras trincheras, de figura un tanto irregular pero completamente cerradas, están a una distancia media de las enemigas, de seiscientos metros, en algunos puntos, los más próximos, a ciento cincuenta metros,"⁶⁵

Hay una diferencia de suma importancia entre la primera batalla de Aguadulce (febrero, 1902) y la segunda (agosto, 1902), que consiste en el violentísimo ataque, que duró todo el día, mediante el cual las fuerzas del general Benjamín Herrera derrotaron a las del gobierno, aunque éstas, divididas en dos cuerpos, pudieron realizar un movimiento envolvente, de estar adecuadamente dirigidas.

En el mes de agosto no hubo choques frontales sino un prolongado asedio en que el abastecimiento del ejército sitiado, que en los últimos días se hizo ya imposible, provocó la rendición. Los cañones de más alcance del ejército sitiador disparaban constantemente sobre las posiciones enemigas, y las debilitaron en forma progresiva. Sin embargo, resistían heroicamente, sin rendirse.

"Concluidos los víveres recurrió a las palmas, y al acabar el ganado empezó el consumo de las caballerías."

El día 25 de agosto, por último, se presentó del campo sitiado un parlamentario, el general Luis M. Gómez, quien junto con el general Luis R. Moreno, aceptaron los términos de la capitulación concedida por el generalísimo Benjamín Herrera, quien tuvo un contendor digno y valiente, el general Luis Morales Bertí. En uno de los artículos de la capitulación el director de la guerra del Cauca y Panamá declara:

"Que reconoce en nombre de su ejército, como acto de justicia y sinceridad, la abnegación sostenida y la ejemplar bravura del ejército sitiado, a

quien dominó con la superioridad de fuerzas y de cuantía y calidad de elementos de todo género".⁶⁶

Como un homenaje a la caballería y el pundonor militar del general Morales Berti, se le hizo la especial distinción de conservar su espada, y se le trasladó a David, con dos de sus más notables colegas, con la especial recomendación de tratarles con las consideraciones debidas a su rango militar.

"De todas las acciones de guerra de la historia militar de Colombia—dice el historiador del liberalismo colombiano, Milton Puentes— ésta de Aguadulce es posiblemente la más científicamente calculada e hizo que en los Estados Unidos se reputara al general Herrera como a uno de los más notables estrategas sudamericanos. Fue, como se ve, el resultado lógico de un plan militar calculado de antemano por un solo pensamiento y una sola dirección, con un gran jefe que mandaba y se hacía obedecer y con un cuadro de ayudantes disciplinados, que obraban conjuntamente."

La paz de Wisconsin

Se comprende que, después del gran triunfo obtenido en Aguadulce y de algunas acciones menores, como la cumplida en Bocas del Toro, donde el general Buendía derrota las fuerzas atacantes del Gobierno, sólo quedaba al general Benjamín Herrera el golpe final de apoderarse de las ciudades de Panamá y Colón. Con tal fin, a mediados de septiembre salen de Aguadulce los cuerpos de vanguardia, al mando del general Federico Barrera, para llegar hasta la población de La Chorrera, desde la cual habría de emprenderse la marcha hacia los dos objetivos propuestos.

Mas aún no había salido de La Chorrera el ejército, cuando el jefe de la guerra recibe en su cuartel general una nota del cónsul general de Estados Unidos en Panamá, haciéndole saber, a nombre de su gobierno, que no se permitiría librar combates en las ciudades de Panamá y Colón, ni en la línea del ferrocarril. Por su parte, el comandante de la Marina estadounidense, T. V. Mc Klean, dirigió una nota al general Benjamín Herrera concebida en los siguientes términos:

"A bordo del Cincinnati. Estimado señor: Tengo el honor de informarle que las fuerzas armadas de los Estados Unidos vigilan las vías del ferrocarril y la línea de tránsito a través del Istmo de Panamá de un mar a otro y que ninguna persona será autorizada para molestar o estorbar en ninguna forma la circulación

de los tránsitos y obstruir la ruta de tránsito. No hay más tropas que las de Estados Unidos que puedan ocupar o utilizar la línea. Todo ello con la mayor imparcialidad y sin ningún deseo de intervenir en luchas intestinas de los colombianos. Suplícote acusarme recibo de esta comunicación."

El generalísimo había convocado un consejo de generales para darles a conocer la nota del cónsul de Estados Unidos, en el que no se tomó una decisión. Se complicaba aún más el problema con la enviada por el comandante de la Marina, a quien, de acuerdo con su expreso deseo, había notificado el recibo de su comunicación.

El asunto, como se puede ver, era de extrema gravedad y urgencia. Quiso el director de la guerra que el general Quintero, panameño que le merecía el mayor respeto y consideración, expresara su parecer, y éste, aunque al principio se mostró vacilante, acabó por ceder a tan reiterada instancia, exponiéndolo en los siguientes términos:

"Debía atenderse la nota del gobierno de los Estados Unidos y abstenerse de proceder contra las ciudades de Panamá y Colón; suspender la marcha de las divisiones del ejército estacionadas en La Chorrera, hasta tanto se consideraran nuevas medidas más convenientes y menos peligrosas para la soberanía de Colombia; porque perseverar en la acción contra ciudades supervigiladas por el ejército y la marina de guerra norteamericana, sería provocarle un conflicto a la nación con un país rico y poderoso como los Estados Unidos." ⁶⁷

La opinión del general Quintero fue acogida por todos cuantos formaban el consejo de generales. El generalísimo, quien también la compartió, dispuso de modo inmediato la contramarcha, con instrucciones a los jefes de las distintas divisiones para que las situasen en lugares donde fuese más fácil el aprovisionamiento.

Quedó muy contrariado por la actitud desafiante y abusiva de las gentes del Norte, que de manera tan terminante hacían sentir su poder, aunque no era, ni mucho menos, la primera vez en que actuaban en términos parecidos. El Istmo de Panamá era para ellos territorio de principalísima importancia y nunca consentirían en someter sus intereses a cualquier riesgo o menoscabo.

El gobernador del departamento, general Víctor M. Salazar, se avino a concertar los términos de paz con el ejército revolucionario comandado por el general Benjamín Herrera. El contralmirante Silas Cassey puso a las órdenes de los comisionados para firmar el convenio, el acorazado "Wisconsin", bajo su

mando; por la cual se le dio el nombre de Tratado de Wisconsin. El 21 de noviembre de 1902 se efectuó la ceremonia de la firma, que lleva estampadas las de los signatarios por parte de Colombia, generales Víctor Manuel Salazar, Alfredo Vásquez Cobo; y por parte del ejército revolucionario, las de Lucas Caballero y Eusebio A. Morales. Fue refrendado por los generales Nicolás Perdomo y Benjamín Herrera.

Así terminó la llamada Guerra de los Mil Días, la más sangrienta de cuantas se libraron en el Istmo. Tras de ella, un año más tarde, habría de producirse un hecho sobremano controvertido: Panamá abandona la tutela colombiana y decide constituirse en república independiente.

Notas

1. Véase Manuel Octavio Sisnet, *Belisario Porras*, 1956, página 52.
2. Sisnet, obra citada, página 50.
3. *Ibíd.*, página 66.
4. *Ibíd.*, páginas 67 y 68.
5. *Ibíd.*, página 69.
6. Ver Eusebio A. Morales, *Ensayos, documentos y discursos*, Panamá, Impresora de La Nación, 1977. En el trabajo *Mi misión al Ecuador*, página 255.
7. Ver Belisario Porras, *Trozos de vida*, edición de 1975, el capítulo *Mi amistad con el presidente José Santos Zelaya*, página 43.
8. Ver Eusebio A. Morales, obra citada, nota (6), páginas 255 y 256.
9. Ver Belisario Porras, *Memorias de las Campañas del Istmo, 1900*, Tomo I, Panamá, Imprenta Nacional, 1922, página 3.
10. Porras, obra citada, página 5.
11. Porras, *Campañas del Istmo*, página 16.
12. Sisnet, Belisario Porras, página 72, nota 8.
13. Véase Porras, *Memorias de las campañas del Istmo*, edición citada, pág. 24.
14. *Ibíd.*, página 24.
15. *Ibíd.*, página 25, Carta de Rengifo a Porras.
16. *Ibíd.*, página 37.
17. *Ibíd.*, página 41.
18. Víctor M. Salazar, *Memorias de la guerra (1899-1902)*, sin pie de imprenta. El libro "fue editado por voluntad de sus hijos, para honrar la memoria del autor con

ocasión de su muerte", se dice en el colofón. El informe de Temístocles Rengifo aparece en las páginas 38 a 43.

19. Porras, *Memorias*, páginas 86 y 87.
20. *Ibídem*, página 89.
21. *Ibídem*, página 91.
22. *Ibídem*, página 92.
23. Ver Armando Aizpurúa, *Biografía del general Manuel Quintero Villarreal*, Panamá, Imprenta Nacional, 1956, página 37.
24. *Ibídem*, páginas 88 y 40.
25. Porras, *Memorias*, página 95.
26. *Ibídem*, página 111.
27. Armando Aizpurúa, *Biografía del general Manuel Quintero V.*, Panamá, 1956, primer volumen, 398 páginas.
28. Lucas Caballero, *Memorias de la Guerra de los Mil Días*, Editorial Aguila Negra, Bogota, 1939, primer volumen, 391 páginas.
29. Víctor M. Salazar, *Memorias de la guerra (1899-1902)*, Editorial ABC, Bogotá, 1943, primer volumen, 405 páginas.
30. Ver Aizpurúa, antes citado (nota 7), páginas 46 y 55.
31. *Ibídem*, páginas 55 y 58.
32. Salazar, *Memorias*, obra citada en la nota 9, páginas 46 y 50.
33. Ver Aizpurúa, obra citada, páginas 59 y 65, El Capítulo XXII de las *Memorias* del doctor Porras lleva por título *El plan de ataque a Panamá y su ejecución*. Corozal, páginas 287 y 312.
34. Aizpurúa, obra citada, páginas 60 y 61.
35. *Ibídem*, página 62.
36. *Ibídem*, páginas 62 y 64.
37. *Ibídem*, capítulo VII, páginas 77 y 82.
38. *Ibídem*, página 75.
39. *Ibídem*, página 76.
40. Ver Porras, *Memorias*, página 318.
41. *Ibídem*, página 307.
42. *Ibídem*, página 307.
43. *Ibídem*, páginas 314 y 315.
44. *Ibídem*, páginas 322 y 325.
45. *Ibídem*, página 328.

46. Ver el libro de Armando Aizpurúa sobre el general Manuel Quintero, ya citado. Capítulo XI, página 105.
47. *Ibíd*em, página 109.
48. *Ibíd*em, capítulo XII, páginas 112-118.
49. Lucas Caballero, *Memorias*, capítulo XI, páginas 162.
50. Aizpurúa, páginas 122-123.
51. *Ibíd*em, página 124.
52. Lucas Caballero, página 168.
53. Aizpurúa, páginas 146 y 148.
54. Lucas Caballero, *Memorias*, páginas 177, 181 y 182.
55. Víctor M. Salazar, *Memorias de la guerra*, página 176.
56. Ver Aizpurúa, El general Quintero, páginas 155-156.
57. Aizpurúa, páginas 156-157, sobre el desarrollo de plan subversivo fraguado por el doctor Porras hay varias fuentes de información; Sisnet, en su libro *Belisario Porras*, páginas 130 y 134; Rubén D. Carles, *Horror y paz en el Istmo*; Donaldo Velasco, *La guerra en el Istmo*, Tomos I y II, 1902.
58. Ver Sisnet, *Belisario Porras*, página 130.
59. Aizpurúa, página 159.
60. El terrible incidente aparece contado por Sisnet en *Belisario Porras*, páginas 182 y 183; Aizpurúa, páginas 167 y 168; Rubén D. Carles, *Horror y paz en el Istmo*, páginas 81 y 83.
61. Lucas Caballero, *Memorias*, páginas 255 y 256.
62. *Ibíd*em, página 259.
63. *Ibíd*em, página 260.
64. *Ibíd*em, capítulo XX, páginas 255 y 299.
65. *Ibíd*em, página 287.
66. *Ibíd*em, páginas 289, 295 y 296.
67. Aizpurúa, página 185 y 187.

